

## Montoya testigo de su tiempo. Relaciones

*Maria Isabel Artigas\**

**Recibido: 25 de abril de 2015**

**Evaluado: 10 de mayo de 2015**

"...a etnohistória, ou mais precisamente a etnohistória guarani, não é simplesmente uma história que trata do índio guarani. Não é o guarani na história, nem o guarani da história, mas sim a historia do guarani enquanto que é este, quem sabe seus tempos e os entende"<sup>1</sup>.

Las Relaciones que transcribimos son las que aparecen como tales en las Bibliografías consultadas o los escritos que constituyen historias por su contenido, en algunos casos extremadamente meticulosos sobre diversos eventos y circunstancias de su labor misionera.

Consideramos conveniente adoptar para su presentación, así como está en la Monumenta Peruana, el siguiente orden:

- Título del documento: es lo que aparece a continuación del número de orden, y responde al contenido del texto; encontramos como mas conveniente para su presentación.

- Texto: mencionamos aquí las características del original, lugar donde se encuentra, su estado, las copias que existen, etc.

- Impresión: destacamos el autor, editor, título de la obra, volume y página donde el texto aparece, en la mayoría de los casos; es lo que nos sirvió de base para nuestra transcripción.

---

\* Miembro de la Fundación Yayetopa. Maestria en Historia de Iberoamérica por la Universidad do Rio do Vale dos Sinos. Sao Leopoldo. R.S. Brasil.

<sup>1</sup> Meliá, 1991: 2.

- Edición: especificamos las características de la presente edición, mencionando el autor, título, volumen, editorial y página del texto transcrito, con ortografía actualizada, solución de abreviaturas y notas de esclarecimiento de términos antiguos. Para la redacción de las notas consultamos principalmente el diccionario de la lengua española, editora Garnier Hermanos, Madrid, 1891.

- Destinatario: hace referencia a las personas a las cuales los escritos estaban dirigidos, la mayoría de los textos eran destinados al Padre Provincial de la Provincia Jesuítica del Paraguay, también encontramos documentos destinados al Rey, a los virreyes, algunas cartas a los gobernadores y correspondencias con otros jesuitas, sus colegas.

- Fecha: consta la fecha del documento, en el caso de las cartas al Padre Montoya incluidas en las Cartas Anuas, son mencionadas las fechas de las Cartas Anuas.

- Bibliografía: citamos las bibliografías que contienen los datos identificadores del texto transcrito. Ellas son las de Hugo Storni (1984) Guillermo Furlong, (1964) y Efraín Cardozo (1979).

- Autores: aparecen aquí los autores que los documentos citaron, comentaron o transcribieron parcial o totalmente.

## Relaciones

### 1. Gracias recibidas de Nuestro Señor por intersección de la Santísima Virgen. Despertar de su vocación.

**Texto:** Original en el Archivo General de la Compañía de Jesús (ARSI), Roma: Paraq. 15, Necrol. 1598-1702, 5r - 14 v.

Furlong, 1964: 159-170. Es una transcripción en español que llevó a cabo gracias a una copia del manuscrito dada por el P. Hugo Storni S.J.

**Impresión:** Furlong, 1964: 159-170.

**Edición:** El texto es publicado por el P. Guillermo Furlong S.J. transcribe con ortografía actualizada, solución de abreviaciones y notas explicativas de situaciones antiguas.

**Destinatario:** Para explicar el principio de su vocación, este documento fue dirigido al Superior de la Compañía de Jesús, P. Diego de Torres Bollo.

**Fecha:** Córdoba, 1610.

**Bibliografía:** Storni, 1984: 428-442.

**Autores:** Furlong, 1964: 140; 159-170; Jarque, T.1, 1900: 60 y sig.; Vargas Ugarte SI, 1960: 102-107; Castillo, 1960: 102-107.

## Texto

### Relación de las gracias recibidas de Nuestro Señor

“La primera vez, que V.R. me mandó le enviase las grandes misericordias, que la Divina Majestad me ha hecho por intersección de la gloriosísima Virgen María, Nuestra Señora, me pareció no hacerlo (en que confieso mi desobediencia y culpa) por haber dado cuenta a V.R. de ellos ya de palabra, pero visto que, segunda vez, me lo ordena V.R. y manda, quiérole hacer la gloria y honra de Dios Nuestro Señor y de la Virgen, su Madre y Señora mía, y para confusión y vergüenza de este miserable.

Desde bien pequeño sentí grandísimo afecto a Nuestra Señora y, en esa edad, sentía siempre su favor casi milagroso en cosas, que aquella edad trae consigo. En acabando de rezar el Rosario, me daba en los pechos con una piedra, con toda mi fuerza, haciendo actos de amor, aunque entonces no los conocía, de que se me hacían cardenales en los pechos. Gustaba mucho encerrarme en mi aposento a oscuras sobre tarde, después de haber tomado una disciplina (sin tener maestro humano) y estarme pensando en el acto, si más discurso, conque me hallaba muy alentado. Dentro de algunos días, me sonsacaron amigos y me distraje, de tal suerte, que ya no trataba sino de holgarme y pasearme, y confesarme de año en año. Y llegó el punto a tanto que, tres años, estuve sin confesarme.

En el último de estos tres años me sucedieron muchas desgracias y peligros de perder la vida y de hacerle perder a otros, conque, por momentos, estaba en la cárcel o retraído o sentenciado a destierro. Yo traía miedo que, en una casa, me querían coger y hacerme

algún gran mal. Y una noche a la medianoche, quiso Nuestro Señor que queriéndome matar, me estuve defendiendo como pude por espacio de media hora, hasta que ya de cansados me dejaron. Yo traía entrecejos que, en esta casa, me habían de matar sin confesión. Y así una noche, viniendo de la misma casa con dos amigos, una noche muy oscura, como a las once o doce, cogióme un pensamiento de que la justicia de Dios estaba conmigo muy enojada y que ya estaba para descargar su brazo sobre mí y me parecía que ya sentía con un grave castigo. Yendo yo embelezado con esto, díjome un compañero: "Hola, aquí se debe de haber muerto de repente este hombre o le han muerto a puñalada y echado aquí". Alboroto, me dé suerte que, en lo restante de la noche, no pude dormir y con un sudor grande. Ya que quería permanecer, pareciese, estando en mi cama, que no había sido verdad lo de la noche pasada sino sueño. Al fin me vestí sólo para ver si estaba allí aquel cuerpo. Hallé, la señal en el suelo que como había hecho garra, lo que había cogido el cuerpo no estaba mojado. Salí a la plaza y no vi en ella ningún cuerpo. Pero pregunté, a un amigo si había oído decir que hubiesen muerto a alguien. Respondió que sí y que lo habían llevado a cierta parroquia. Con esto anduve muy atemorizado, pero el demonio me tiraba de los deleites, conque me endulzaba la amargura de mi conciencia. Una noche me cogieron en aquella casa y me dieron tres heridas encima del corazón, que por bien poco no me dejan allí. Al fin me escapé, y hacía tan fría noche, y yo estaba tan acongojado de mi conciencia, que penes, quedarme arrimado a una pared muerto.

Al fin me pareció conveniente irme a Chile o hacer una larga ausencia, porque me consideraba ya metido en el infierno. Hablé, al gobernador Ramón, y él y yo al Conde de Monterrey, ofreciéndome a ir por dos años a mi costa. Compré, armas y, estando ya en vísperas de ir y yo con buen deseo, quiso el Señor, por medio de un amigo mío, hombre de autoridad y honrado, disuadirme la ida, y me dio una buena excusa para con el virrey y gobernador. Tuve luego deseo de irme a Tierra Firme y allí comprar media docena de vestidos y volverme a Lima a romperlos, me pareció que con esta ausencia todo se olvidaría. Me acordé que era muy fácil ahogarme e irme al infierno, y para eso propuse de confesarme, me consoló que el andar bien vestido no importaba para la confesión, que eso no me lo había de quitar el confesor, ya que me quitase otras cosas. Fui a confesar con un Padre, que, siendo yo pequeñuelo, me había confesado. El cual me había oído, me dijo que no podía absolverme, que llamase al Padre Juan Domínguez, que era hombre docto y él me confesaría. Quedé, tan desabrido que hice propósito de no confesarme más, que, pues no me querían confesar, yo tampoco quería. Pero en un instante sentí interiormente un grande impulso de que volviese a la Compañía, que luego me confesarían. Volví y entrando en la portería, me encuentro con el Padre, que no me quiso confesar, que iba fuera de casa, y junto a él estaba el Padre Domínguez. Hablé con el otro Padre y él me confesó generalmente de toda mi vida y me absolvió. Entrando por este tiempo, que era cuaresma, a tomar disciplina en la Compañía todas las noches, vi venir tras de mí un Padre, que por ser tan oscuras las noches no lo conocía. El cual me llamaba y a mí me parecía que llamaba a otro pero luego se quedaba el Padre parado. Hasta que al cabo de algunos días, me cogió la delantera y, entonces dije entre mí que aquella noche se había engañado el Padre del todo, pues me estaba hablando sin conocerme. Este era el Padre Gonzalo Suárez, pero él me dio tan buenas señas que le hube de dar crédito. Dos años, me dijo, que traía impulsos de hablarme y rogarme que, a lo menos, no ofendiese a Nuestro Señor. El cual quiso que aquella noche cobrase a este Padre tanta afición que no me apartaba de él. Con cuyo trato me anima, mucho a vivir algo concertado, pero no dejar el viaje que había propuesto y con el intento que lo hacía.

Un día de estos fui a oír misa a San Francisco, como solía hacer, en el altar de la Concepción de Nuestra Señora, y habiendo oído y rezado el Rosario de Nuestra Señora con los dedos, porque se me había perdido el Rosario, le ofrecí a Nuestra Señora, y le dije que lo recibiese y me perdonase, que yo compraría o buscaría otro Rosario. Acabadas de decir estas razones, me pareció que desde la imagen de bulto, que en aquel altar está Nuestra Señora, me dijo dentro de mí mismo, sin que yo oyese externamente nada: "Hoy te daré un Rosario". Hasta este día no había experimentado cosa semejante, ni yo entonces entendí cómo fue aquello. Pero no pude dejar de releerlo en ninguna manera. Y así, humillándome hasta el suelo interiormente, le hablé y dije que yo le aceptaba y que en su nombre lo tendría. Y esto sin hacer discurso del modo con que me lo había de dar. Desde este punto quedé, tan cambiado, que yo mismo no me conocía. Y luego, saliendo a la plaza, a cierto negocio que tenía, los hombres y las cosas me parecían de otra manera y que todo era burla y juego, y que no había otra cosa de que hacer caso sino de servir a Dios y a la Virgen. Y así, desde este día, perpetuamente andaba con el Rosario dentro de la faltriquera<sup>2</sup> y rezando Rosarios o haciendo actos, procurando andar tratando con la Virgen. Este día en la tarde, que me sucedió aquello que dije arriba, fui a la Compañía, olvidado de lo que me había prometido mi Señora, la Virgen, y encontrado al Padre Suárez, me dijo que entonces le habían acabado de dar un Rosario, y que luego lo aplicó para mí. Y en este punto me acordé lo que me había pasado en el altar de la Concepción, con lo cual recibí un consuelo grandísimo. Este mismo día, acabadas de oír aquellas palabras, me sentí muy aficionado, luego al punto a guardar castidad y así hice un muy firme propósito de guardarla y de dejar las ocasiones que tenía de caer. El cual propósito he guardado, aunque muy poco después hice voto de ello. Lo restante de la Cuaresma gasté, en ayunos y penitencias, con intención todavía de hacer mi viaje. El segundo día de Pascua me sentí en un momento trocado y con deseo de estudiar y del todo dar de mano al mundo y entrarme religioso en San Francisco. Lo cual al punto comuniqué, con mi confesor y aprobé el intento que tenía. Pero me aconsejó que antes de empezar, entrase a hacer los Ejercicios y así lo hice. Antes que entrase a hacerlos estando yo en la plaza, a mediodía, junto a un pilar de ella algo debilitado porque ayunaba entonces, y algunos días comía de veinticuatro en veinticuatro horas, estaba ofreciendo a Nuestro Señor aquella necesidad y con harto consuelo, volviendo un poco el rostro hacia el pilar me pareció ver de repente un demonio. Se me figuró de poca edad, la figura de un negro, el hocico largo, los ojos encendidos, los pies y manos como demonio, aunque proporcionados a su cuerpo. Pero lo que más me pareció que había que reparar era que estaba atentísimo mirando al rostro. Me dio harto consuelo por verlo apartado de mí.

Entré a hacer los Ejercicios. Los cuatro días primeros estuve muy acongojado, porque ni parado ni de rodillas ni sentado podía estar. El cuerpo me pesaba muchísimo. La imaginación todavía en las burlerías pasadas y lo que más me atormentaba era lo que sentía dentro de mí: ¿"Para siempre has de dejar los deleites, que ayer tenías, y a tus amigos y pasatiempos?". Aunque más pena me daba el no poder reprimir este pensamiento que no el dejarlos amigos y deleites que dejaba. Pero al fin, al cuarto día, estando de rodillas, me pareció que, mientras más estaba así, menos me dolían y poco a poco se me iban como adormeciendo los sentidos. Me daba gusto esto, pero, de cuando en cuando, temía un poco y yo mismo me volvía a despertar. Así como un hombre, que está en una sala llena de ventanas y quiere quedarse en recogimiento a oscuras va cerrando poco a poco las ventanas y mientras más ventanas cierran más recogimiento

---

<sup>2</sup> Faltriquera: bolsillo.

siente de sus sentidos, hasta que del todo queda oscuras, sin ver, oír ni tocar nada, así le sucedió a mi alma, que, poco a poco, me fueron adormeciendo los sentidos sin ver, oír ni oler cosa, pero las potencias muy vivas. Estando yo en medio de esta quietud y me dejó llevar, lo primero que sentí fue un grandísimo despego de toda cosa criada, buena ni mala, de ser religioso ni de no serlo, como si deseo ni concupiscencia hubiese en mi alguna. Estando en esto, me pareció veía a los de la Compañía y no los conocí por el hábito, porque los veía de blanco, de una cosa muy transparente, de suerte que todo lo que tenía dentro de su cuerpo estaba patente. Yo no sé cómo los conocí, pero sé que los conocí, aunque no sentí que me dijese algo. Él verlos transparentes entendí que era la claridad, que hay con los superiores, aunque entonces no sabía yo que había regla de eso en la Compañía. Me pareció ver en un gran campo muchos infieles. Me sentía muy aficionado a ayudarlos, para que se salvaran, y, lo que más me incitaba a esto, era el ver a los de la Compañía como que arremetían hacia ellos, encendidos de caridad para hacerlos cristianos y que se salvaran. Conocí los muchos trabajos, que se habían de padecer en esto. La obediencia de la Compañía, su instituto y que no imitaban a hombre, sino al mismo Señor Jesucristo en el deseo de la salvación de los gentiles. Al punto me pareció que Cristo Nuestro Señor venía hacia mí y se me llegó tan cerca que su costado, que estaba manando sangre, me llegó a mi boca. El consuelo que sentí no se puede decir. Y esto último fue lo que más sensiblemente sentí. Evanuit desapareció y quedó, tan consolado y tan tocado, que todo cuanto veía me pareció burlería y una gana de la oración, que no podía pensar en otra cosa. Desde este día, tuve mucha facilidad en la oración y sentimientos muchos espirituales. Fue tanto el respeto que me quedó a los de la Compañía, que no me atreví a pedirla ni dar cuenta de esto, porque me pareció que no me habían de recibir. La Virgen fue la que me alcanzó todo esto y la que hizo que, dentro de un año y medio, aprendiese el latín, que había menester para ser recibido en la Compañía. Y así le hice luego voto de entrar en la Compañía, para emplearme en infieles y que si por mis defectos no me recibiesen, de ir donde yo sintiese que el Señor me llamaba a la conversión de gentiles, en hábito de clérigo honesto, pidiendo limosna para mi sustento, el tiempo que durasen los estudios.

En el Colegio de San Martín, por algunos días, saliendo del refectorio, que iba a quiete<sup>3</sup> me parecía ver sobre mí un Cristo crucificado y vivo en la cruz, pero esto pasaba muy presto como un resplandor. El efecto que hacía en mí era no poder hablar de cosa del mundo, sino de cosas de virtud y de perfección, y así buscaba alguno de los padres nuestros o seglar devoto, con quien hablar de cosas santas. Todo el tiempo, que estuve estudiando en San Martín, tuve por lo menos hora y media de oración mental, y los domingos y fiestas tres y cuatro seguidas. La mayoría de las veces con grandes sentimientos. Otras sentía un tan gran dolor en las rodillas por todo el muslo arriba. Y desde entonces me quedó un dolor en la derecha, el cual ha poco que se me quitó, aunque sólo me dolía, estando arriba de una hora en oración discursiva, de la otra no siento nada. Estando una noche debajo de un árbol en oración, llorando, y como quejándome amorosamente de que Nuestro Señor haba permitido que fuese hijo natural y no legítimo, y que por esto no me habían de recibir en la Compañía, sentí dentro de mí: "Dios no hace cosa acaso y así eso no lo fue, ni él haber destruido la hacienda que te dejé. Todo es por tu bien, porque en nada fíes del mundo. En la Compañía entrarás y la falta de naturaleza Dios la suplirá con su gracia."

En este ínterin oí decir que venía el Padre Diego de Torres, de Quito, por Provincial del

<sup>3</sup> Quiete: hora de recreo que se toma después de comer.

Paraguay a socorrer aquella gente miserable. Recordé lo que me había pasado en los primeros Ejercicios Espirituales. Y así me determiné, esperarle y seguir su orden. Mi confesor me daba prisa que entrase en la Compañía, porque los Consultores estaban de su parecer. Pero como mi intento era ir al Paraguay, donde conocía que el Señor me llamaba, me detenía diciendo que sabía muy poco latín, que me dejasen estudiar cuatro meses más. Y esto sólo con intención de ofrecirme al Padre Diego de Torres, porque me parecía no me dejarían ir a otra provincia los del Perú. Me vi algo confuso, hasta que me fui a un Padre muy espiritual, con quien yo comunicaba mis cosas y le pedí parecer informándole. Díjome: "No pierda esta ocasión, que si el Señor le ha escogido para esa empresa Él le enviará, aunque todo el mundo no quiera". Tuve sosiego con esto y entré, en la Compañía. Y estando un día llorando mis grandes pecados, de repente, como un resplandor me pareció ver a Cristo Nuestro Señor con una cruz en sus manos y que me la entregaba. Creció con esto el deseo de trabajos y conversión de infieles. Por tres veces en estos Ejercicios, me parecía estar hincado de rodillas junto a una cruz muy grande y que me subían a ella con grandísima dulzura. En estos Ejercicios tuve muy particulares sentimientos de amor de la Virgen, a quien ofrecí mi vida y trabajos que padeciese en el Paraguay.

Dando un día cuenta a un superior del deseo, que el Señor me daba de la conversión de los indios del Paraguay me dijo que, si el Padre Diego de Torres viniese y preguntase que quien quería ir con él, que él traía licencia para llevarle, en ninguna manera le hablase palabra. Así lo hice, pero acordó, pedirle a quien podía más, por medio de la Virgen. Un día de noche, en que me había determinado pedirlo a Nuestro Señor, estando en el cancel de la sacristía de Lima, empecé, a recogerme muy dentro de mí, y estando suplicando, muy de veras, a la Virgen y al bienaventurado Javier, me pareció oír estas palabras: "No tengas pena hijo, irás", las cuales salían de la Virgen. El Señor solo sabe el gozo que tuve y certidumbre. Quería reventar y dar voces. Y así decía entre mí: Ya no les tengo envidia a los que van, que todos somos compañeros. Y aunque en muchos días no me dijeron los superiores nada, no se me daba nada, porque ya yo lo tenía por imposible, hasta que después me lo dijeron.

En los Ejercicios que hice, para venir al Paraguay se me ofreció pedir a la Santa María su amor y que el mejor empleo que podía hacer era ese. Y así entré, a ellos con determinación de alcanzar algún poco, por intercesión de nuestro bienaventurado Padre Ignacio y bienaventurado Javier. Estando un día en oración, fui perdiendo los sentidos, como arriba dije. Me pareció que salía por un camino áspero y pedregoso cuesta arriba, por donde iba con alguna aflicción. Al fin del cual est la Santa María muy hermosa, que apenas se podía mirarla a causa del resplandor. Llegué a Ella con gran confianza, cansado. Entré por una puerta, donde ella estaba como guarda, y me guió por un prado muy ameno y tan oloroso que sólo el olor parece que me adormecía y detenía el paso para pasar adelante. Esto no se puede dar a entender, aunque se compare con cosas dulces y olorosas de la tierra, porque sin encarecimiento son hediondas y agrias las cosas dulces y olorosas de la tierra. Me pareció que la Virgen me hizo señal con la mano que fuese hacia adelante, donde encontré a Cristo Nuestro Señor, puesto en una cruz, vivo, tenía la una mano puesta en el costado y con los dos dedos abriendo y haciéndome señas con la cabeza que me llegase a beber. Bebía y no me hartaba. Parecía salir un vapor denso y que se entraba en todo mi cuerpo, que me daba un gusto que quisiera estar así toda mi vida. Evanuit [desapareció]. Pero aunque después estaba despierto y haciendo oficio manual en la celda, me parecía verdaderamente oler las flores, y me quedó esto por dos o tres días.

En estos Ejercicios pedí a Nuestro Señor que, si le placía me quitase las consolaciones de la oración, porque andaba acongojado por haber oído decir siempre que el modo de oración de la Compañía era mucha mortificación y que lo demás era engaño y burla, conque pasaba algunos ratos amargos. Pero en la oración siempre estaba certificado que era verdad lo que me pasaba. Estando pues pidiendo esto a Nuestro Señor, de repente me pareció estar metido dentro del costado de Cristo Nuestro Señor con grandísimo gozo. Estando en esto, me parecía no tener más que desear, ni pedir, en los cielos ni en la tierra. Pero vi que me faltaba un gran escalón que subir. No veía nada, pero sí que era gran cosa la que me faltaba. Vi todo como en liobrico. Entendía que era la contemplación de la esencia divina y que hasta entonces lo que se me había mostrado era por cosas materiales y que eso otro era muy superior sin comparación, aunque tampoco eso se podía dar a entender sin algunas imágenes en esta vida. Acarreando un día piedras de la huerta del noviciado, haciendo actos de amor a la Virgen, sentíirme interiormente encendiendo en su amor. Le ofrecí mi corazón por medio del Angel de mi guarda. Y aunque me cargaba muchísimo de piedras, de rato en rato me parecía que no andaba por la tierra, ni que llevaba carga chica ni grande, y que los Hermanos, que allí andaban, se me figuraban ángeles. Luego tocaron a la oración de la tarde y yo fui con aquel sentimiento a ella y luego pegó. Porque me puse delante de la Señora Nuestra y yo le ofrecí mi corazón con todas las veras, y la Señora Nuestra el suyo a mí, conque estaba el más consolado del mundo. Y luego tocaron a salir, me pareció que entonces acababa de entrar. Quedé tan debilitado que apenas me pude levantar. Al fin, arrimado a las paredes, me fui a mi celda que tenía solo, donde quise rezar por haber tocado a ello. Y no podía abrir la boca ni estar de rodillas, sino sentado en el suelo y arrimado. Con los relieves pasados estaba como embobado. Y así se me pasó otra hora en un soplo.

Yendo al refectorio, toda la comida me daba gana de echar las entrañas al olerla. Al fin empecé, a comer esforzándome y parecía que comía un poco de lana. Al ir a la quiete, no pude sufrir las voces y murmullo, y así pedí licencia para recogerme. Sentía en todas estas cosas dar cuenta al superior, porque se me ofrecía que por vanagloria las decía.

En Córdoba he tenido algunos sentimientos particulares. Los que tengo apuntados son que un día, habiendo acabado de comulgar, ofrecí a Nuestro Señor mi corazón para que se aposentase en él, donde me pareció que la Hostia se había vuelto un hermoso niño, con quien me estaba regalando.

Otra vez, estando amando a mi Señora, me pareció verla con su Hijo en sus brazos, y que me le entregaba. La castidad, que recibí entonces, no se puede decir. Viniendo a Córdoba de Mendoza, se cayó una carreta y no pudieron siete personas levantarla, por estar una rueda en el suelo encajada y otra arriba. Y yo me encomendé, a la Virgen y me metí debajo de la rueda, y dije a un indio que me ayudase. Y sin hacer yo fuerza de momento, se fue volviendo la carreta, y el indio había hecho muy poco, como él lo dijo. Y esto fue porque la Virgen nos ayudó.

En este mismo camino, habiéndose quedado atrás unos bueyes, toda una noche y un indio con ellos, no podíamos pasar adelante y estábamos con mucha incomodidad y pena, nos hubiesen metido con vacas cimarronas, que había visto. Yo, viendo al Padre Rector acongojado, me aparté a un montecillo y me puse en oración. Al cabo de un rato oí: "ya vienen". Abrí los ojos, miré, y no vi nada. Volví a ponerme en oración y oí: "ya vienen". Volví a mirar, no vi nada, me pareció engaño. Me postré en el suelo y oí: "ya vienen". Miré y vi que asomaban muy lejos y los indios con ellos.

En la oración casi siempre, digo por un poco de tiempo, en Córdoba sentía al demonio



con tanta viveza que me vi forzado a salirme de la celda por el gran horror que sentía. Al cual sentía de tres maneras: la primera quien tira dardos de malos pensamientos derechamente al alma, para inquietarla. La segunda, un horror grande que siente el alma y temor sin figurarse nada. La tres, una figura de negro muy grande con un palo en la mano muy grueso. Algunas veces era tanto el temor que casi no podía con buenos pensamientos vencerlo, hasta que totalmente había pegado el alma en su oración, que entonces no había temor ninguno.

Estando en oración hablando con la Virgen, me fui adormeciendo en los sentidos, como otras veces. Pero experimenté, lo que nunca, y fue que desde los pies parece que se me iba subiendo hacia arriba no sé qué. Yo entendí entonces que era el espíritu, que desamparaba aquellas partes, y se recogía hacia el pecho, donde sentía hacerse la obra del querer y amar. Pero debía de ser el calor natural que desamparaba aquellas extremidades.

Dando cuenta a un superior, traté del acto de entendimiento y voluntad, que eran distintos. Yo no había hecho reflexión de eso ni me cuidaba. Pero luego, aquel día, me fui a la oración, y acabado de poner de rodillas, empecé, a recogerme como otras veces y sentí las extremidades del cuerpo desamparadas del calor natural y el pecho encendido, amando. Y al cabo de muy poco, sentía todo aquel calor natural, que, como vapor, se iba subiendo hacia la cabeza donde, habiéndose juntado, sentí grandísimo calor en ella. Y en lo superior, en parte interna y suprema de la cabeza, vi yo mismo una claridad. No podía ver con los ojos pero vi no sé cómo. Conocí que era el entendimiento con que hemos de ver y conocer la divinidad. No vi nada con el entendimiento, pero eché de ver que lo que se ve con él no es corpóreo, como si viese yo con un ojo y por otra parte no viese nada. Esto es algarabía, que no puedo dar a entender, pero bien la entendí.

En unos Ejercicios me pareció, estando en oración, ver a Nuestro Señor. No le veía en figura humana, pero veía que era Él y que me decía: "Estudia, que para esto te llamé," por los indios. Agradecida de esto, el alma hacía voto de ayudarles con una humildad tan grande, que pedía al Señor que siempre estuviese aquella arraigada en mi corazón. Deseaba el espíritu deshacerse en servicio de Nuestro Señor, y aniquilarse. Pero no por eso estaba triste, sino consoladísimo. Cuando de repente me pareció ver un solo brazo crucificado, digo medio, cuatro dedos arriba del codo o más. No sé lo que se quiso ser. Lo que yo sentí fue gran deseo de padecer y de meterme debajo de la tierra por amor de Nuestro Señor.

Después de haber comulgado, me pareció ver a Cristo Nuestro Señor de hasta dieciocho años, mancebo muy hermoso, vestido con una vestidura azul y una tabla en la mano izquierda, arrimada al muslo, y con la derecha apuntándose a que aprendiese allí. No vi nada escrito en la tabla, pero sentí gran amor a la humildad y un muy gran despego de todas las cosas de la tierra.

Después de haber comulgado, otra vez, y de haberme dado media forma sola, me pesó, porque durarían menos las especies. Pero de repente sentí en mi corazón a Cristo Nuestro Señor sentado en él, de perfecta edad, dando a entender que en cualquiera partecica está entero. Y esto porque había tenido un pensamiento leve si estaba allí, o no, Cristo Nuestro Señor.

El Jueves Santo me dio deseo de irme a dormir en la peana <sup>4</sup> de la sacristía, donde

---

<sup>4</sup> Peana: tarima que se coloca delante del altar.

suelen poner el Santísimo Sacramento, con intención de hacerle compañía aquella noche. Me acosté en el suelo y estando descansando un poco, sentí sobre mí que venían de tropel unos demonios y me meneaban y despertaban. Pero todas las coyunturas de mi cuerpo parecen que me tenían cogidas, que no me podía menear ni hablar. Me acordé del Santísimo Sacramento, que estaba allí, y no podía invocarle. Iba a llamar a la Virgen y no podía. Y ellos sobre mí como quien hacía burla, despertándome. Al fin me levanté casi sin aliento, diciendo Jesús, y cansado como si hubiera luchado mucho. Me encomendé al Señor, que allí estaba, y volví a recostarme en el suelo. Al cabo de muy poco rato, vuelven a lo mismo, meneándome, y yo con un temor grandísimo, que ni podía pedir socorro a Dios ni a las gentes. Bien oía a un Padre, que andaba encima del monumento en la iglesia y a un indio, que estaba roncando en un aposento, que est pegado a la sacristía, pero me tenían tan cogidos todos mis miembros, que ni menearme, ni gritar, ni persignarme, ni interiormente decir Jesús, ni llamar a la Virgen, todo lo probé, hasta que, de ahí a un poco, me levanté tan despavorido y amedrentado, que al ir a la iglesia a visitar al Santísimo Sacramento, que estaba encerrado, y volviendo a la sacristía, no podía entrar en ella, con un temor tan extraordinario que me espantaba de mí mismo al ver que estaba temblando, aunque me esforcé a entrar y andar por la sacristía para vencerme. Acabado esto, me trajo una muy viva tentación, diciendo que ya estaba muy aprovechado y que los demonios me querían mal por eso.

Estando en el día de San Antonio rezando las horas menores en el coro, empecé entre mí a decir, hablando con Nuestro Señor: "Es posible que no pude yo alcanzar, Señor, no ser sacerdote sino coadjutor, porque de esa manera fuera humilde y os sirviera más ". En esto sentí llenarme yo todo de un consuelo y ternura tan grande, que salía del Santísimo Sacramento, que estaba en el altar mayor, y desde allí se difundía en mi alma. Sentí un gran deseo de hacer voto de emplearme siempre en los indios. Y así lo hice con licencia. Fue con tanta vehemencia la impresión de gozo que tuvo mi corazón entonces, cuando digo que salía del Santísimo Sacramento y se difundía en todo mi cuerpo, que sentí entonces un vivo dolor en el corazón. El cual no se me quitó hasta, de hoy a dos días, que muy poco a poco se iba deshaciendo.

Otros sentimientos he tenido, pero estos me han parecido los más particulares y de más cuenta. Bendito sea el Señor, que los ha dado a quien ha merecido millones de veces el infierno y no los agradece. Los cuales conozco haberme venido por mano e intercesión de la bendita Virgen María, Señora Nuestra."

## 2. Visita de un clérigo. (Referencia).

**Texto:** Cap. 13 de una Relación manuscrita que es conservada en el Archivo de la Provincia, en Córdoba.

**Impresión:** El documento es inédito, sólo es conocido por los autores que lo comentan.

**Edición:** La parte del documento transcripta es referenciada por el P. Pedro Lozano en el T. 2 de su trabajo, 1755: 734. Con ortografía actualizada.

**Destinatario:** El Provincial de la Provincia Jesuítica del Paraguay Padre Diego de Torres Bollo.

**Data:** 1614.

**Bibliografía:** Storni, 1984: 428.

**Autores:** Lozano, 1755: 734.

### Texto

#### Relación manuscrita sobre la visita de un eclesiástico

“... como todo lo escribe el Padre Antonio Ruiz de Montoya en el capítulo 13 de una Relación manuscrita, que se conserva en el Archivo de esta Provincia y pudo ver su engaño el Doctor Jarque en lo que el mismo Padre Antonio escribió en su Conquista Espiritual del Paraguay capítulo 16. Y que tampoco muriesen a la lengua del agua, sino en las casas en que les asistió el Padre Mazeta, consta por una Carta, que el Padre Cataldino escribió al Padre Provincial Diego de Torres, en 18 de Septiembre de este año de 1614 y se guarda original en dicho Archivo. Añade sí el Padre Antonio Ruiz en la relación manuscrita, que a la muerte del Canónigo Visitador precedió la de un español, que ponía con el mucho calor en la mudanza, y fue a dar cuenta a Dios de sus dañadas intenciones, muy poco después de los tres Caciques, y después de éste, otro vecino de Ciudad Real, autor principal o primer móvil de las revoluciones, y había influido más veneno en el ánimo del Visitador, visitado tan presto por el Juez infalible.”

### 3. Relación de los sucesos del Guairá (1610-1622). (Referencia).

**Texto:** relación manuscrita conservada en el Archivo de la Provincia de Córdoba.

**Impresión:** El documento es inédito, sólo se conoce por los autores que lo referenciaron.

**Edición:** La parte del documento transcrita es referida por el P. Pedro Lozano, con ortografía actualizada.

**Destinatario:** El Provincial de la Provincia Jesuitica del Paraguay el P. Diego de Torres Bollo, donde se relaciona los acontecimientos de los primeros 12 años de trabajo.

**Fecha:** 1622 (?)

**Bibliografía:** Storni, 1984: 429.

**Autores:** Lozano, 1755: 358.

### Texto

#### Relación de los sucesos del Guairá (1610-1622).

(Referencia).

“Cayó enfermo en aquel pueblo uno de los soldados, que intervinieron en las presas del de Taubici<sup>5</sup>, y llamando para ajustar las cuentas de su conciencia el Padre Montoya, se

<sup>5</sup> “Llegado por fin el Teniente al pueblo de Taubici tenía éste ya puesto en cobro sus hijos, mujeres, mucha parte de sus vasallos, y de sus alhajas más estimables, y sólo quedarían como trecietas personas, que no se quisieron poner en fuga con su cacique, y recibieron de paz a los guayreños, a quienes avisaron

negó a oír su confesión, si primero no ponía en libertad una india que allí hurtó, y se la restituía a sus padres.

Durísimo se le hizo al doliente, sin poderse resolver a la restitución por más batería<sup>6</sup> que le dio el Confesor con eficaces razones, que apretaba más, cuanto más por la posta le veía correr a la muerte.

Lo mismo le persuadió el Padre Cataldino, pero sin efecto, hasta que destituido de fuerzas, aún para hablar, vino a entregarla. Al punto que espiró entraba a su cuarto otro amigo, que viendo salir por su puerta un bulto negro, muy fiero, recibió de él en el pecho un fuerte golpe, que le derribó en tierra sin sentidos, y se juzgó era el espíritu maligno, que había asistido al difunto, y endurecido el corazón para no soltar la presa.

Prosiguieron ambos su viaje a Ciudad Real, donde por fin hallaron al General Don Antonio [de Añasco]<sup>7</sup>, y cuando imaginaban hallar en su persona el reparo de los males, y que haría justicia a los naturales conforme a las Ordenanzas, pasó todo al contrario, pues a ninguna India permitió se le diese libertad de restituirse a su nativo suelo. Así lo escribe en una cumplida Relación de todos los sucesos de esta Misión en los doce primeros años el Padre Antonio Ruiz, y se guarda original en el Archivo de esta Provincia.”

#### 4. Estado de las Reducciones de los Angeles del Tayaoba, Jesús María y Concepción de Gualachos

**Texto:** Autógrafo original en Colección de Angelis: I-29-1-36. Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro.

**Impresión:** Manuscrito en Cortesão, 1951.

**Edición:** Se edita el texto que transcribe Jaime Cortesão, MCA I, con ortografía actualizada y notas.

**Destinatario:** El Provincial de la Compañía de Jesus, P. Francisco Vázquez Trujillo.

**Fecha:** 1630.

**Bibliografía:** Storni, 1984: 431; Cardozo, 1979: 248, N°3. Furlong, 1964: 106 n°22.

**Autores:** Cortesáo, 1951: 342-351

---

cuan fácilmente todos serían prisioneros, y con el cacique valeroso no quisieron probar las armas; gente tan ruin, que tan valiente se mostraba con los inocentes rendidos, como cobarde con los esforzados, que pudieran hacer frente” (Lozano, 1755: 364).

<sup>6</sup> Batería: conjunto de palabras. Peticiones repetidas conque se importuna a alguien.

<sup>7</sup> “La prohibición de hacer malocas en el Guayra ordenada por el P. Añasco se encuentra en el Archivo General de Indias. Audiencia de Charcas, legajo 120. Fue publicada en extracto por Pastells (1912: 153). Se guarda una copia meconografiada de la misma, en la colección inedita de este Padre que existe en la Biblioteca de la villa de San José (Pablo Aranda 3, Madrid). Existe una copia coetánea en la Colección Pedro de Angelis (I-29-2-2) de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, la cual fue publicada por Jaime Cortesão en su obra jesuitas y Bandeirantes no Guayra (137). También fue publicada en los *Annales* du Museu Paulista. Tomo I, segunda parte: 147-148) (Tormo Sanz, 1989: 101, Nota 4).

## Texto

### La Reducción de los Ángeles

“Están en esta reducción los Padres Pedro de Espinosa y el Padre Nicolás Ernacio muy fervorosos obreros de la viña del Señor, los cuales con su gran celo y solicitud han puesto aquella reducción muy buena haciendo nuestra casa e Iglesia muy capaz que con haber en esta reducción tanta gente, toda cabe en ella, trabajando en lo espiritual sin cansarse y en lo temporal de manera que puede competir con las antiguas, tienen ya vacas, cabras y ovejas y se da todo muy bien, es tierra muy fértil y con el cuidado de los Padres dentro de pocos años habrá mucha abundancia de todo, han plantado una buena viña y cañaveral y hecho una buena huerta con que tendrán mucho regalo. El ganado comienza ya a parir con que tienen ya leche y manteca y hacen quesos. Hay ya muy buena multiplicación del ganado de cerdo. Ha, Nuestro Señor probado estos nuevos Cristianos como suele, lo primero con la peste de las viruelas de que murieron muchos, llevando nuestro Señor gran número de infantes acabados de bautizar, hay otros adultos con la misma disposición que por ser esto tan común y haber en otras anuas especificado muchos casos no lo hago en esta, y por la falta de papel, que por esta causa he dejado de referir en particular muchas cosas.

Ha tomado lo segundo con estos portugueses que han andado muy cerca de allí, los cuales aunque no cautivaron a nadie de allá, pero oían decir que amenazaban aquella reducción con que han estado y están con gran temor, no tanto por el temor de perder su libertad, cuanto por el temor de la vida por haber visto ellos con sus ojos los cuerpos muertos y hechos pedazos por manos de los Portugueses, y pasar por este río muchos cuerpos muertos que los mismos portugueses habían echado al río, cuando se iban por estar enfermos, y no los podían llevar porque no se les volviesen los que llevaban por amor de sus Padres o conocidos que quedaban y es cosa que suelen hacer estos salteadores.

Ha tomado esta gente las cosas de nuestra fe de manera que nos admiramos porque siendo gente tan cruel y guerrera, comedora de carne humana y que tan en el corazón tenían la venganza. Ahora son tan humildes y caritativos y amadores de sus enemigos, que echan de ver bien en ellos los efectos de la gracia. Hechóse esto de ver en el trato y acogida que hacen estos indios a los gualachos. Eran estas dos naciones enemigas mortales matándose y cautivándose perpetuamente de una parte y de otra sin remedio alguno que para esto se pusiese.

Pero ahora después que han recibido el Santo evangelio así estos como aquellos ya no como enemigos capitales, pero como unos muy grandes amigos se tratan todos ellos, viniendo los gualachos al Tayaoba y estos yendo a la tierra y pueblos de los gualachos. Hiciéronse estas amistades ahora año y medio o cerca de dos años.

La ocasión que hubo, fue que yendo el Padre Francisco Díaz [Taño] a llevar el Santo evangelio y dar principio a la reducción de la Concepción fueron en su compañía los indios de esta reducción y aunque en el camino le acometieron los gualachos entendiéndolo que eran enemigos y les iban a hacer guerra como se hacían pero sabiendo que les llevaban Padre se les hicieron muy amigos, y habiendo yo de venir desde la Concepción a los Angeles traje por guía algunos de estos indios que habían ido con el Padre Francisco Díaz [Taño] para que me trajesen por los pueblos de los gualachos que estaban más cercanos a los de los Angeles, pero no les hallamos en sus pueblos por estar

comiendo piñones, y así pasó, de largo, pero ellos vieron el rastro y sabiendo que éramos nosotros nos fueron a alcanzar para hablarnos, pero no nos alcanzaron, y habiendo ido unos indios de los Angeles en esta ocasión a buscar yerba los encontraron y hablaron dándose sus doncellas de una parte y de otra en señal de amor y paz y con ellos se vinieron algunos a los Angeles y les regalaron mucho y después vinieron muchos más. Y corrió la fama del amor con que les trataban que luego se mudaron los gualachos del lugar donde solían estar haciendo sus casas y pueblo junto a los yerbales del Tayaoba y pidieron que viniese un Padre a verles y bautizar los niños, y así avisándome el Padre Pedro de Espinosa le dije fuese a verlos, y así fue y viendo la instancia que le hacían para que les bautizase los niños, los bautizó y aunque parecía había sido mucha prisa pero nuestro Señor tenía ya escogidos aquellos niños para el cielo, porque de todos aquellos que el Padre bautizó han quedado muy pocos de una enfermedad que les dio de que murieron, y hubiera muerto sin bautismo, porque el Padre se volvió luego a los Angeles después de haberle hablado y regalado, desde entonces no cesan de ir al Tayaoba muy a menudo, ni los de los Angeles cesan de usar con ellos de muy grande caridad.

Este afecto y estima de las cosas de nuestra fe se echó mucho de ver en el mismo Tayaoba, el cual desde el día que le bauticé que fue una noche en un aprieto de que venían los enemigos a dar sobre nosotros, y él con instancia me pidió el bautismo diciendo que querían morir cristianos defendiéndome y así le bauticé a él y a su hijo Pablo Tayaoba, y desde entonces el buen Tayaoba nunca dejó de oír misa todos los días así en días de fiesta como entre semana. Yéndose a trabajar acabado de oír misa y volviéndose a la noche al pueblo para oírla el día siguiente, y viniendo conmigo a estas reducciones antiguas para ver al gobernador, oía todas las misas que se decían de rodillas que causaba mucha devoción, y volviéndose a su tierra cayó enfermo en la reducción de San Javier y agravándose la enfermedad de que murió se dispuso muy bien para morir dejando grandes prendas de su salvación, y este afecto y devoción han heredado sus hijos y todo aquel pueblo.

Tiene esta reducción más de mil setecientos indios, aunque a los Padres les parece que tiene dos mil, por la mucha gente que le ha entrado después de que se hizo la matrícula en que se hallaba de la primera vez que se matricularon 2.400, y tener experiencia de que nunca se descubren todos de la primera vez. Tiene ya quinientos indios cristianos y casados. Los demás se van catequizando y casando. Del río arriba va entrando cada día mucha gente. Los últimos que vinieron llegaron ahora cuando yo venía y me contaron una cosa notable, y es que ellos no querían reducirse sino estarse en sus pueblos por causa de dos ídolos que tienen allá semejantes a los que quemamos en la Encarnación pero Nuestro Señor ha tenido misericordia de ellos y dignado llamarlos con una cosa notable, que dicen todos que las todas se les han vuelto amargas de suerte que les mata las batatas, zapallos y raíces de las chácaras hasta los frisoles y maíz se les han vuelto amargas y viendo esto, reconociendo era por castigo de su rebeldía se van viniendo y dicen que detrás vienen ya muchos y vendrán todos."

### **La Reducción de Jesús María**

"Esta reducción aunque los Portugueses se llevaron toda la gente que había reducido el Padre Simón Maseta como hemos dicho arriba. Pero con la vuelta de Guiraberá y con la mudanza que Nuestro Señor ha hecho en él, que siendo tan contrario nuestro y de la fe, antes predicando contra nosotros, viendo lo que el Padre Simón [Maseta] había hecho con él y había padecido por causa de los indios, ahora es predicador de nuestras

cosas, alabándonos, diciendo que somos sus Padres verdaderos, y el que tenía por dios y que lo que nosotros hacíamos era por su orden y mandato, ahora entra en la doctrina con mucha humildad. Rezando con los indios y preguntándole quien es dios responde lo que el catecismo dice, con grande humildad y acude todos los días dos veces a casa a ver al Padre y cuando ha de ir a su chacara viene a avisar y pedir licencia.

Tuvo principio esta con este indio después de haber vuelto de las reducciones de Nuestra Señora y San Ignacio, adonde le había enviado para que viese aquel los pueblos y de vuelta lo vestí y lo envié a que hablase a la gente que había quedado y luego fuese a los Angeles a llevar un Padre a su tierra para dar principio a la reducción, lo cual hizo con gran gusto y diligencia, y sabiendo que yo había llegado a los Angeles, fue luego allá para llevar al Padre y así fue con él el Padre Ignacio Martínez fervoroso misionero, a quien Nuestro Señor le ha dado gran celo de las almas y particular gracia para tratar a estos naturales y a los españoles.

Había llegado el Padre de una misión que hizo por los pueblos de los indios de los españoles confesándolos y sacramentándolos con gran edificación y gloria de Nuestro Señor y honra de la Compañía.

Fue el Padre con este Guiraberá y comenzó a recoger la gente, no en el lugar que había estado antes donde los Portugueses la habían destruido, sino en otro más cómodo y a propósito para nuestra habitación y comunicación con las demás reducciones adonde se iban juntando muchos caciques. En esta ocasión llegaron los nuevos de la destrucción de San Pablo y así el Padre con gran acierto luego recogió a la gente y se fue a la reducción de los Angeles para que allí ayudándose los Padres y los indios pudiesen socorrerse mejor los unos a los otros.

Volvió ahora el Padre con sus hijos a hacer el pueblo, adonde se juntaron muchos por ser apetecible aquel puesto y tener allí el yerbal cosa tan deseada de los indios, y ser aquel puesto muy sano, allá se han recogido ya algunos de los que quedaron de San Pablo, y los demás irán después, que ahora andan esparcidos por causa del hambre tan universal que hay en toda esta tierra causada por estos Portugueses que no han dejado trabajar a los indios con sus inquietudes y maldades."

### **La Reducción de la Concepción de los Gualachos**

"Ha estado en esta reducción el Padre Francisco Díaz [Taño] hasta ahora, fue en su lugar el Padre Diego de Salazar. Es esta Reducción de diversa lengua de la guaraní, aunque no muy dificultosa a los que saben las oraciones y catecismos y rezan en ella todos los días y cantan y saben ya las oraciones los niños y niñas con gran admiración de los españoles que los han visto rezar, diciendo que ellos ha tanto años que tratan con estos indios y los han tenido en sus casas y no han podido aprender su lengua y que la Compañía, luego la aprendió para enseñarles la fe.

Cuando fui a visitarles hice juntar en la Iglesia toda la gente y me consolé grandemente de ver lo que Nuestro Señor va obrando en estos pobres por medio de la Compañía a cada uno le di su donecillo, y a los que sabían las oraciones mejorándoles con que se han animado mucho. Son estos indios de estatura alta y por la mayor parte blancos, viven en pueblecitos cada cacique de por sí, los cuales ordinariamente tienen hasta cien vasallos. Las casas son redondas a manera de hornos, duermen en el suelo sobre paja cubiertos con unas mantas grandes que hacen de malvas, el fuego tienen en medio de la casa y todos se acuestan a la redonda los pies hacia el fuego. Los indios andan vestidos en el pueblo, pero yendo a cazar van desnudos. Las indias aun desde niñas andan

vestidas, y ninguna se ve sin vestido aun en sus casas, traen dos vestidos un faldelin<sup>8</sup> pequeño que les cubre desde los pechos hasta las rodillas y con este trabajan, y sobre este suelen traer cuando salen de casa y van a la iglesia una manta grande que las cubre desde los hombros hasta los pies, esta les sirve también para traer el niño que lo traen en las espaldas. No tienen más de una mujer no porque tengan algún género de contrato natural o matrimonio verdadero, sino porque ellas no consienten a otra en su compañía y sobre esto se suelen aporrear y reñir y la que más puede quedar por señora de la casa. Estas mujeres las tienen el tiempo que ellas quieren y suele ser todo el tiempo que el indio trae mucha caza del monte y miel, porque sino es cazador no se quiere casar con ellos, y si acontece que va el marido muchas veces al monte y no les trae nada los dejan y toman otro, aunque tengan hijos de él, y el indio se queda con sus hijos aunque sean pequeños y él busca quien se los críe, y esta es la causa porque hay mucha dificultad en casarse in facie ecclesie, porque suelen decir que no podían buscar otro marido, si el que con quien se casaron no les trae caza o trata mal.

Tienen conocimiento de Dios y que es criador de todas las cosas y que está en el cielo pero con esto tienen otras cosas bárbaras, hechos como de personas que no tienen lumbre de la fe. Dicen que pueden ellos enviar las ánimas de sus difuntos al cielo para lo cual luego que muere alguno no lo entierran, sino le hacen un lecho en alto y le cubren muy bien con paja, y allí lo dejan para que se sequen y le suelen llevar chicha, todo el tiempo que está allí y le van a visitar a menudo y ver si se ha secado, y en este mismo tiempo todos los días el tiempo que el sol sale y se pone hacen los de su casa un llanto muy solemne, en el cual suelen sacar y mostrar en público las cosas que han quedado del difunto con que se aumenta más el llanto y cuando el cuerpo está ya seco buscan mucha miel y hacen mucho vino y convidan a todos los del pueblo para enviar el alma del difunto al cielo y para esto se van al monte y hacen una buenas cargas de leña y las traen corriendo con muchas trompetas y gritería a casa del cacique adonde están todos juntos indios e indias, y de allí salen corriendo diciendo todas estas palabras rica rica tapa tapa que quiere decir sube sube del campo, llevando aquellas cargas de leña dando una vuelta alrededor del cuerpo, y luego le pegan fuego, diciendo nîyî châ cây catú taplí, humo negro sube al cielo, dando grandes voces todos al tiempo que se quema y si el humo sube derecho dicen que va su alma al cielo, y si se esparce casilla muy pequeña y la cubren y le suelen llevar de comer, y tienen tanta fe en esto que suelen decir que hacen esto concurriendo todos al convite para que otros hagan lo mismo cuando murieren y por esta causa al principio encubrían los enfermos para que no los bautizasen por enterrarlos de aquel modo. Pero quien podrá resistir a la divina voluntad y predestinación eterna.

Estaba un niño de hasta tres años enfermo y lo encubrían al Padre sus padres por enterrarlo a su usanza. Vino un día un viejo, que son los enterradores y componedores de estos lechos, a avisar al Padre como querían ir a una chácara a enterrar un niño que había muerto. Preguntó el Padre si era cristiano dijo que no riñóle muy bien porque no le había avisado, para bautizar, se fue el viejo adonde decían estaba el niño muerto y estuvo allá todo aquel día, vino a la tarde cerca de las Aves Marías y viéndole el Padre preguntóle si había enterrado el niño, dijo que no porque había vuelto a vivir, volvió a preguntar el Padre si era cristiano, afirmaron todos los que allí estaban que lo era ya, y que le habían bautizado cuando las viruelas. Con todo el Padre quería ir, pero decían que era cierto, lo era. Estando en esto venía de la chácara un indio de la misma casa del

---

<sup>8</sup> Faldelín: falda corta.



niño enfermo. Llamóle el Padre y preguntándole si el niño vivía aún, dijo que si y que no era cristiano porque solamente había bautizado a sus hermanos pero que a este no por estar lejos en la chacara. Salió el Padre aquella hora en busca del niño de noche y hallóle en las últimas boqueadas, bautizóle y luego se murió. El día siguiente hizo el Padre que lo trajesen al pueblo y por ser el primer difunto que se enterraba en la iglesia, lo enterró con el mejor ornato y solemnidad que pudo, de que se espantaron los gentiles y lo estimaron y desde entonces traen a sus hijos a bautizar sin dificultad.

Son estos indios muy guerreros, así unos con otros como con las naciones vecinas principalmente con los guaraníes de que tienen aún muchos cautivos, y aún cristianos de los Pueblos de la Villa de los cuales hemos rescatado algunos y enviándoles a sus mujeres. Ejercítanse todos los días en armas, como en flechar a un blanco, en correr y en llevar cargas pesadas, y algunas veces se llevan unos a otros corriendo para que si se ven vencidos en la guerra y huyendo puedan traer a cuestras a los heridos. Después que se comenzó esta reducción riñeron dos pueblos en un campo raso flechándose de una parte y otra muchos. Acudió el Padre a hacer las paces y curar los heridos, pero el cacique, que más gente tenía herida, se hallaba obligado a vengarse diciendo que así lo usaban, y que sino lo hacían los vasallos los dejaban diciendo que no volvían por ellos, y así se estaba aperciendo de flechas y había convocado a otros caciques para que le ayudasen. Procuró el Padre estorbarles, pero no podía sacarle de aquella determinación, y viendo que no podía por bien comenzóle a amenazarles, que había de avisar al gobernador de como se mataban y andaban en pendencias para que les castigase, pero ni aún de esto hacían caso. Amenazóles con Nuestro Señor y que permitiría Nuestro Señor que sus vasallos y aún él murieron muchos en la guerra, conque temieron y dejaron por entonces de ir a la guerra, pero que después de algunos meses lo habían de hacer, conque el Padre se contentó, y después el Padre poco a poco les habló hasta que trajo al cacique agraviado al pueblo del otro cacique e hizo que le regalasen y festejasen con que hizo las paces, de suerte que decían los infieles que esto era buen modo de vivir en el cual se perdonaban unos a otros y ser cosa muy dificultosa en ellos el juntarse con otro y reducirse. Luego dijo que se quería venir allí con toda su gente, y lo mismo dijeron todos los otros caciques y lo habían hecho si no lo hubiera estorbado el Gobernador con los soldados que envió a visitarlos como dijimos arriba diciéndoles que no se meneasen<sup>9</sup> de sus puestos y pueblos señalándoles por puestos y reducciones los que al presente tenían, y lo mismo han hecho otros españoles con poco temor de Dios diciéndoles que nosotros les mentíamos y que no nos creyesen que solo les queríamos juntar para llevarles sus hijos y mujeres al Paraguay con que se han retirado y vuelto a sus enemistades antiguas y no contento con esto han hablado a un Cacique muchas veces para que no se reduzca, el cual lo ha hecho así y ha procurado estorbar que otros lo hagan no sólo en esta reducción Si no en la de San Pedro como después diremos.

Aunque entre todos los infieles de estas partes se halla el vicio de la borrachera en estos es tan feroz que se puede dudar si en las demás naciones hay cosa semejante, porque hacen un vino de miel de abejas tan fuerte, que luego al punto los priva de sentido y los hacen tan más que tigres imitándolos en sus obras y bramidos. Es cosa horrible ver una borrachera de estos indios, adonde juntan todos y unos braman como toros, otros como tigres, unos lloran, otros cantan, unos bailan, otros riñen aporreándose y flechándose, adonde el padre aporrea al hijo y el hijo al padre, y pocos días ha que en un pueblo cerca de éste de la Concepción un indio mató a su mismo padre dándole a manteniente con

<sup>9</sup> Meneasen: cambiarse, mudarse de lugar.

una flecha con que le atravesó las entrañas, en estas borracheras suele cada uno contra hacer lo que el estima que hace. Y así unos hacen que flechan pájaros, otros que corren, otros que están en la guerra flechándose y a veces se le antoja que los que están allí son sus enemigos y coge el arco y flechas y comienza a flecharlos y los más borrachos son los que menos hacen por no poderse levantar del suelo donde la fortaleza del vino los derriba. Los que comienzan a beber son los feroces y aunque los indios de otras naciones son los que se suelen emborrachar, pero en esta las indias son las que más tienen de esto y por causa de ellas son las pependencias, y ellas mismas suelen coger las flechas de las manos de los indios y clavarlas con sus mismas manos en los que tienen delante, y si Nuestro Señor no hubiese proveído que las mozas y mozos que no tienen hijos aún y son de poca edad no bebiesen los cuales suelen esconder los arcos y flechas de los que beben, se hubieran ya acabado todos en estas borracheras en ellas suelen los que no están contentos con sus mujeres dejar las que tienen y tomar otras, y lo mismo hacen ellas con sus maridos. Pero es cosa maravillosa que casándose in facie ecclesie nunca los dejan aunque sean viejas. El cacique de esta reducción fue bautizado antiguamente por el Padre [Juan] Salonio y le casó, y jamás dejó su mujer ni ella a él aunque hacía años que estaba muy enferma, ni buscó otro ni se amancebó, y los suelen ellos repetir ordinariamente y algunos han dicho holgadamente que esta mi mujer se hiciese cristiana por que nos casamos para que no me dejase jamás.

No inventó el enemigo del género humano estas borracheras solamente para que se maltratasen tanto, pero en ellas tiene el maligno aún mayor ganancia no sólo con los pecados deshonestos que cometen, pero en las continuas desesperaciones que suceden ahorcándose ellos mismos por cualquier disgusto que hayan tenido y así si los mozos no están con cuidado, luego los borrachos suelen quitar al arco la cuerda y meterse al monte, y colgarse de un árbol y no ha mucho que un cacique Principal y valiente a quien el Padre había dado vara y quería reducirse, se ahorcó habiéndolo hecho primero un hijo suyo con pena de habersele muerto su mujer, y el cacique con la pena de la muerte de su hijo. Ha sido de mucha gloria de Nuestro Señor lo que la Compañía va obrando en estos pobres. Le ha el Padre entablado en que no beban teniendo los arcos y flechas en las manos, por evitarles las muertes, lo cual recibieron muy bien. También ha hecho que el vino que solían beber en un día lo beban en dos con que se ha ido ganando tierra y finalmente ya el Padre tenía autoridad entre ellos de suerte que no sólo estando con su juicio, sino aún en las mismas borracheras aunque están muy furiosos luego se humillan y sujetan de suerte que puede ya el Padre castigarles aunque con mucho tiento. Pero tienen una cosa singular que al que les castiga le reconocen como a superior y le respetan más y le regalan y cobran amor, cosa que si la experiencia no lo hubiera enseñado no se podía creer. Hay entre estos indios algunos ministros del demonio, que llamamos hechiceros y suelen ser los muy viejos. Son chupadores y curadores, y hablan con el demonio por medio de la yerba, y les dice cosas ausentes, como cuando vienen españoles a rescatar, y suelen ellos decir esto dice la yerba, etc. Sale el Padre desengañando diciéndoles que aquel es el demonio. El día de la natividad de Nuestra Señora habló el hechicero con la yerba y preguntóle que es lo que el Padre hacía en la misa y principalmente aquel día, díjoles que aquel día había bajado el hijo del Dios del cielo en la misa y estaba en aquel pan que el Padre había levantado en la misa y enseñaba a los cristianos, y que por ser día de Nuestra Señora había la virgen bajado también en su compañía, alborotóse el Pueblo y vinieron a casa a preguntar al Padre lo que había dicho el hijo de Dios y Nuestra Señora cuando bajaron en la misa. Pero el Padre les preguntó como habían sabido que había bajado, y diciendo que la yerba lo había dicho, les riñó porque hablaban al demonio, y que aunque había dicho verdad de

que el hijo de Dios estaba en la hostia y bajaba del cielo cuando el sacerdote consagraba que mirasen que mentía mucha veces y sólo hacía aquello para engañarles, y los más ladinos abominan ya aquella mala costumbre y lo prohíben a los demás. (Mucho hacen aprecio de las cosas de Nuestra Santa Fe, llamando luego el Padre por cualquier enfermedad que tengan. Auméntaseles más, con ver que unos indios del río del Ycetu encomendados a los españoles que están de esta reducción dos días de camino trajeron desde allí a cuestras un enfermo sólo para que el Padre lo confesase y estando ya muy al cabo Nuestro Señor cooperó a su devoción que luego sanó).

En medio de estas espinas va Nuestro Señor cogiendo las rosas de sus predestinados. Seis niños se han muerto, pocos días después de haberles bautizado y un viejo que estando muy enfermo avisaron al Padre, fue a verle el cual pidió al Padre con grande instancia el Santo bautismo, catequizándole, el Padre y bautizóle y luego se murió. Junto a este pueblo de la Concepción está un cacique que al principio quería reducirse aquí y porque se lo estorbaron los españoles con sus malas hablas no lo ha hecho, el cual sabiendo que el gobernador los quería encomendar y repartir entre los vecinos de la villa y que había escrito al Rey sobre ello, quería irse a los campos y meterse tierra adentro. El Padre fue a disuadirle, el cacique se alegró de ver al Padre allí en su pueblo y para festejarle hizo traer mucho vino y convidó al Padre para que fuese a su casa, el Padre le dijo como nosotros no bebíamos vino ni tratábamos de eso, ni andábamos por las casas de los indios, si no era a ver los enfermos, y lo mismo le dijeron otros indios de esta reducción que iban con el Padre. Respondió el indio, que entendía que éramos como otros clérigos que habían venido allí, pero que ya que no queri..... beber que allí había dos enfermos que los fuese a ver. Fue a verlos el Padre y los halló ya acabando pero con sentido. El uno dijo al Padre: "o Padre ya que buena hora has venido luego que supe que llegabas quise ir arrastrando a tu rancho a pedir que me bautices y no lo hice porque ya ves que tal estoy". Bautizóles el Padre y volvióse al pueblo y el día siguiente le dijeron como había muerto el uno y luego después murió el otro. Se han hecho en esta reducción hasta cien bautismos entre infantes y adultos, tres casamientos que por ser cosa para ellos tan nueva es necesario ir poco a poco hasta que Nuestro Señor les vaya dando la disposición que su divina Majestad fuere servido y sabe es necesario, pero se espera que con la divina gracia se cogerá gran mies y se hubiera cogido y se hubieran reducido muchos si no fueran los españoles que lo impiden mucho. (Como esta reducción está junto al tambo donde los españoles cultivan el hierro, ha acudido el Padre a la administración de los sacramentos así de los españoles como de los indios que han enfermado allí edificándose aun los que no nos tienen afecto por el cuidado que el Padre temía de acudir yendo a pie un día de camino que está de la reducción). Se han hecho algunas confesiones generales dando principio a ellas un español que días hacía Nuestro Señor le daba deseos de enmendarse, pero él lo dilataba mucho hasta que un día entre sueños le pareció que veía una escalera que llegaba al cielo por donde subían allá muchos y que queriendo él subir llegaron a él dos demonios y le agarraron diciendo: preso por la divina justicia y mirando al cielo vio al fin de la escalera a Cristo Señor y pidiéndole que le librase, etc., le dijo que cumplierse los descuidó y dilatólo, etc., y pareciéndole que había ido a la hermita a ver a Nuestra Señora y no la podía ver, etc., propuso ir a buscar luego confesor etc. hizolo muy bien quedando muy consolado animando a otros a lo mismo y contándoles lo que le había pasado, etc. debióse de descuidar desp..... y lo que le pasó en Nuestra Señora, etc."<sup>10</sup>

<sup>10</sup> El texto quedó interrumpido a lo que parece por falta de papel. Del contexto se deduce claramente que se trata de una carta anua parcial, redactada por el Padre Antonio Ruiz (de Montoya). Compréndese, en

## 5. Vida y muerte ejemplar del Padre Pedro de Espinosa

**Texto:** Ruiz de Montoya, 1892.

**Impresión:** Ruiz de Montoya, 1892.

**Edición:** Se edita el texto del P. Antonio Ruiz de Montoya .

**Destinatario:** Divulgar la obra de los Padres de la Compañía de Jesús en la Provincia de Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape.

**Fecha:** Madrid, 1639.

**Bibliografía:** Storni, 1984: 432.

**Autores:** Leonhardt, 1927: 752-759; Cortesão, MCA III,: 211.

### Texto

#### Relación de la vida y muerte del Padre Pedro de Espinosa<sup>11</sup>

Fue el P. Pedro de Espinosa natural ijo de padres muy siervos de Dios: tuvieron cuatro hijos, y todos los dedicaron a la Compañía, uno pasó a Indias al empleo de almas, y desde Panamá escribió a sus padres que criasen con cuidado a su hermano Pedro, porque le había de seguir y morir a manos de los gentiles. El mismo P. Pedro, estando en oración, y estando aun en España, le pareció que le arretataban unos indios, y de hecho se halló en tierra, y que le revolcaban y trataban mal; ambos pronósticos probó el suceso.

Pasó a Indias, donde trabajó en Guairá apostólicamente: tuvo a su cargo desde sus principios una reducción de gente bárbara, que amansó con sufrimientos y paciencia. Tenía esta población 2000 vecinos, que hacían 9.000 ó 10.000 almas, reducidos a nuestro trabajo; de sus virtudes pudiera decir mucho.

En la transmigración dicha de los pueblos trabajó infatigablemente; caminó muchos años a pie, con ser muy delicado, perfeccionó su trabajo con dichosa muerte; obligóle la caridad y la obediencia a llevar a aquellas reducciones de Loreto y San Ignacio unas ovejas para vestir pobres, por la falta de algodón que causan los hielos; volviendo con

---

particular, lo que dice sobre el bautismo de Taiaoba hecho por él, con lo que ya afirmara en carta anterior, transcripta por el Provincial (Nicolás) Durán (Mastrilli), en su anua de 1627, y en la parte referente a la reducción de Los Angeles. (Cortesão, 1951: 351).

<sup>11</sup> Sobre la parcialidad de los indios que dieron muerte al Padre Pedro Espinosa existen diversas opiniones. Charlevoix (1912: 355), afirma que lo mataron los indios guapalaches; el Padre Leonhardt dice que el texto latino que informa sobre la muerte indica como actores a los indios gaychirienses (guaycurúes?). La muerte del Padre Espinosa figura en las anuas de 1635-1637 y el Padre Montoya en su Conquista Espiritual (1892) menciona el hecho en p. 192-194. En la lista de los mártires existentes en el Archivo de Loyola informa que fueron los charrúas los autores de dicha muerte (leg.16, Calatayud; es una carta de Cardiel fechada en Faenza el 17 de Abril de 1771). En las Cartas de los Generales constan que el Padre Boroa en octubre de 1636 dio aviso del fallecimiento del Padre Espinosa. (Leonhardt, 1927: 774-775).

ellas, a media noche, unos bestiales indios gentiles dieron en su alojamiento en despoblado, y allí le mataron a palos. Encomendábase el siervo de Dios a Jesús y Maria; reprendíanle los indios de que invocase tales dioses falsos, a mentirosamente llamaba en su ayuda; arguyóles el Padre de su infidelidad, desnudáronle luego en una rigurosísima noche del invierno, y estando el buen Padre encomendándose al Señor, y ofreciéndole su alma, agraviados los bárbaros y ofendidos de verle tan ansioso del Dios que ellos negaban, le rompieron la cabeza. Dejéronle desnudo a manos de los tigres, que le comieron todo, sólo pudimos haber un brazo y una pierna a que dimos sepultura.

Fue muy sentida y llorada su muerte de los indios, a quien con su predicación había dado la vida y puesto en policía, enseñándoles oficios de carpintero y sastre, que el Padre por su buen discurso había alcanzado. La misma noche que le mataron apareció un grande amigo y ayudante suyo en la conversión de los indios, y con alegre semblante le dijo: Ea hermano mío, quedaos a Dios, que yo me voy a descansar al cielo. A otro grande amigo del Padre manifestó Dios nuestro Señor dos días antes del peligro en que estaba, y el mismo día que le mataron se lo manifestó, y el modo con que le mataron, estando muchas leguas ausente. ¡Dichosa vida y dichosa muerte!

## 6. Acción del Padre Antonio Ruiz de Montoya en la expulsión del demonio

**Texto:** Referido por el P. Francisco Jarque, como una carta del P. Antonio Ruiz de Montoya para un gran amigo.

**Impresión:** Jarque, 1900: 49-109.

**Edición:** Se transcribe el texto referido al P. Jarque, 1900: 49-109.

**Destinatario:** Un gran amigo del P. Antonio Ruiz de Montoya.

**Data:** 1642.

**Bibliografía:** Storni, 1984: 435; Furlong 1964: 134.

**Autores:** Uriarte, 1914: 113-114; Jarque, 1900: 49-109.

### Texto

#### Lanza al demonio del cuerpo y del alma de una mujer

"En cierta ciudad de España vivía una doncella, hija de padres honrados, la cual desde sus tiernos años se había consagrado al servicio de Dios, y como era de lindo natural, muy dócil e inclinada a todo ejercicio de piedad, iba creciendo mucho en la virtud, singularmente devota de la Santísima Virgen.

Viéndola el demonio ya a los trece años tan anciana en la cordura, tan enamorada de Cristo, tan ansiosa de la perfección, temió que Dios le había de hacer grandes mercedes, y envidioso de ellas, comenzó a combatirla para derribarla inquietábala con sugestiones

diabólicas y tentaciones deshonestas, particularmente en los seis años antecedentes a este suceso.

Encendió en su corazón una afición torpe a cierto eclesiástico, si bien siempre con pretexto de lícita benevolencia y cortesía. Ya que se recato y retiro no daba lugar a más familiar correspondencia, el demonio halló traza para introducirla, a título de que la enseñase a rezar y a leer bien latín.

Diéronle fácilmente licencia, con la seguridad que tenían de su pureza de angel. Eralo en la hermosura del cuerpo, con que pudo aquél atizar el fuego y soplar la llama con que ya se abrasaban ocultamente los dos... Lo que al principio fue espíritu de devoción, vino a parar en lascivia de carne. Y ciegos con la pasión y olvidados cada uno de las obligaciones de su estado, no guardaban más que la ocasión para ejecutar y perderse. Tuvo noticia de lo que pasaba otro sacerdote, confesor de la doncella, y procuró con toda eficacia estorbar la comunicación de los dos.

Viendo el maligno espíritu despintada esta traza y a la doncella ya rendida a su sucio apetito, trocóle la vehemente afición que al sacerdote tenían, a un criado de su casa, tan feo, que causaba horror el mirarle a la cara.

Era el mozo simple, que solamente servía de acarrear leña y agua, y otras cosas de escalera abajo necesarias para la casa. A ella le pareció tan galán y tan amable, que cuando entraba en la cocina con la leña o carbón lo halagaba, tomándole las manos y llegándole al rostro con el suyo, teniendo aquél por burlas estos favores.

Pero como ella perseverase en sus caricias, y el demonio hiciese su oficio, vino el creado a abrasarse como bruto en los amores de su señora, y del pie que esta le daba, quiso a fuer de villano tomarse la mano y ejecutar sus torpes deseos. Pero como ella no había perdido del todo la vergüenza ni el cariño de su honestidad y virtud, ni la devoción de la Virgen, viendo que el mozo desenfrenado intentaba violencia dio voces desenfrenada y aunque a ellas acudieron los domésticos, ninguno pudo sospechar en el vil criado semejante atrevimiento, y menos que ella le hubiera dado ocasión para descomponerse.

Aunque no se le logró al demonio este lance, no por eso desistió de la conquista, prosiguiendo en abrasar los corazones de los dos con fuego de amor deshonesto. Tan locamente se amaban, que parecía hechizo, y ni pensaban de día ni soñaban de noche sino en escogitar trazas para verse a solas juntos ya él estaba pesaroso de su encogimiento, y ella de su resistencia arrepentida. A este estado miserable llegan los que no la hacen muy a los principios a la tentación.

No pudiendo ya disimular el dasafuero de su pasión, se concertaron de huir una noche y peregrinar desconocidos por el mundo. Esto también vino a noticia del prudente y santo confesor, a quien nunca perdió el respeto y amor, la que al mismo Dios había ya perdido el miedo.

Dio aquel orden secreto para que al mozo lo echasen de casa, y con su mucha autoridad lo consiguió fácilmente. El salió desesperado, y ella quedó con su ausencia más cariñosa y ciega de su amor, de suerte que hacía extremos en que parecía haber dado al través con el juicio, o que algún maligno espíritu se había apoderado de ella.

De esta tentación sensual pasó el demonio a otra no menos grave de desesperación, persuadiéndola que ya no había en Dios misericordia para ella, representándole la gravedad y muchedumbre de sus culpas y deseos consentidos, y moviéndola a

aborrecimiento de Dios, porque le había permitido caer en ellos, y a invocar en su favor al mismo demonio, pidiéndole que viniese y se apoderase de ella.

No lo dijo al sordo ni al perezoso. Enseñoreóse el infernal tirano de su cuerpo y de su alma, y desde entonces no hablaba ni obraba sino lo que aquel quería.

Verdad es que ella no quería persuadirse estuviese endemoniada, aunque sentía los efectos que hace en el alma y cuerpo que posee.

El proseguir en frecuentar Sacramentos le pareció forzoso, por no perder la buena opinión, pero callaba sus pecados y comulgaba sacrílegamente. Tan descompuestas eran algunas de sus acciones y palabra en el mismo Sacramento de la penitencia, que el confesor vino a dudar si estaba endemoniada, y le dijo sencillamente su duda y la razón que tenía para temerlo.

Ella negaba, atribuyendo aquellos disparates a vehemencia de su lesa imaginación. Con todo, se resolvió valerse para averiguarlo de los exorcismos que usa la santa Iglesia. En cuya virtud, aunque el demonio procuraba encubrirse, no siempre podía, pero daba a entender que era locura de la doncella. Con que el buen confesor se vio obligado a consultar hombres doctos seculares y religiosos.

Unos dijeron que era delirio, otros que embuste, como la experiencia enseña en varias mujeres, que por motivos ocultos se fingen endemoniadas, otros, finalmente, que si era demonio, no poseedor, sino asistente, y por eso quedaba a ratos totalmente libre en lo exterior, aunque interiormente perseveraba en abrasarla con incendios deshonestos.

No hallando seguridad el confesor entre tanta variedad de pareceres, acudió al divino oráculo encomendóla muy de veras a Dios, pidiendo lo mismo a otras personas santas, particularmente a las religiosas de un monasterio donde se había criado la niña, que lo hicieron con gran fervor por el amor que la tenían, añadiendo a las oraciones varias penitencias y comuniones, ayunos, cilicios, disciplinas, largos ratos de oración delante del Santísimo.

Con todas estas diligencias por sus ocultos juicios permitió el Señor que el enemigo no se descubriese del todo y que unos se persuadiesen que lo fingía, otros que estaba loca y ella misma lo atribuyese a enfermedad a fuerza de imaginación y melancolía, aunque conocía que los ardores de torpe amor que le abrasaban las entrañas, en lugar de remitir, cada día iban creciendo, y ella sentía en la voluntad grandes impulsos para aborrecer a Dios y desconfiar de su misericordia.

Fue Nuestro Señor servido que el P. Antonio Ruiz [de Montoya], con particular luz del cielo, y asistencia del Espíritu Santo descubriese los enredos de éste demonio, y como realmente estaba apoderado de aquella pobre doncella, que fue el único principio de su remedio, como se dirá en el capítulo siguiente.

## Capítulo XVIII

### **Con especial ilustración conoce el P. Antonio (Ruiz de Montoya) que la doncella esta endemoniada y trata de su cura, mediante los exorcismos de la Iglesia**

Tuvo noticia aquel buen sacerdote, confesor de la doncella, de la venida del P. Antonio Ruiz [de Montoya, a quien solamente conocía por la fama de su santidad. Fue luego en

busca suya, informóle del estado infeliz de aquella pobre alma, y rogóle que pues celaba tanto la salvación de todas, se encargase de su cura.

Compadecióse el Padre y fuese con él, y habiendo visto y hablado a la doncella, pidió al confesor que en supresencia le repitiese los exorcismos. Ella estuvo muy quieta mandóle doblase las rodillas y obedeció puntual. Lo mismo hizo el Padre con profunda reverencia al Santísimo, en cuya presencia estaba.

A las primeras oraciones comenzó la endemoniada a mudar el color de su rostro de blanco y encendido en pálido y amortiguado como si fuera difunta, y a decir a voces:

-¿ Para qué, se cansan conmigo y me dan pesadumbre, que yo no estoy endemoniada?

Pero luego se enfureció de manera contra el exorcista, que pareció se lo quería comer a bocados mir balo de hito en hito con unos ojos infernales, por los cuales, como por ventanas, parece que se asomaban ya los demonios, que eran señores de la casa. Y aunque la tenían bien asida cinco personas de buenos pulsos, como son mayores, los del demonio, la levantó con tanto ímpetu a lo alto, que entrellando su cabeza con la del exorcista le hizo una herida que tuvo bien que curar para muchos días.

Sufrió el golpe con gran paciencia que fue para los enemigos gran desquite y recia bofetada. Prosiguió con todo su dolor en los exorcismos, y llegando a la oración con que se implora el favor de la Santísima Virgen, dijo el mal espíritu despechado y rabioso:

-Esta mujer me mata, ésta me atormenta, ésta fue la que me quebró la cabeza. Malditos sean los que bien la quieren, que todo cede en daño mío. Todos los que aquí están la quieren mucho.

Y volviéndose al P. Antonio [Ruiz de Montoya] que estaba en fervorosa oración pidiendo al Señor misericordia, dijo:

-Principalmente, aquel santurrón que la ama mucho. Maldito sea él y el cleriguillo que acá lo trajo para mi mal.

Con esto se conoció manifiestamente el daño que la pobre doncella tenía. No obstante este indicio tan evidente, acabados los exorcismos y estando tan quebrantado del mal tratamiento que el demonio le había hecho, afirmó que no estaba endemoniada. Así se lo hacía creer el mismo demonio y lo mismo a algunos de los circunstantes, a pesar de aquella experiencia. Conoció el P. Antonio [Ruiz de Montoya] a luz superior la astucia del enemigo. Habló a la paciente, que al parecer estaba en su sano juicio y sin accidente alguno, y solamente se querellaba de que la infamaban sin fundamentos pero el Padre hablando, no ya con ella, que juzgaba en esta parte ilusa, sino con el demonio, como si la viera, le dijo:

-Con la potestad que tengo como sacerdote de Dios, aunque indigno, te mando que aunque eres padre de la mentira, me confieses aquí la verdad y me digas si estás, como yo creo, en el cuerpo de esta pobre doncella, y por qué causa entraste en ella.

Compelido el maligno de la virtud de Dios, respondió ser verdad que estaba en aquel cuerpo, aunque calló la posesión que tomado había de su alma y voluntad, con aquella afición deshonesta a su criado y que había entrado para perderla, y con ella otras muchas religiosas y seglares. Y que ya entre las monjas con quien se crió había comenzado a sembrar zizaña de discordia y bandos, con que esperaba destruir aquel convento. Que había hecho los esfuerzos posibles para que concibiese de aquel mozo, y



viéndose preñada se huyese con él, que haría presto lo aborreciese y parase en pública ramera que siendo tan hermosa le serviría de lazo para prender a muchos y llevarlos al infierno.

Apretóle el P. Antonio de nuevo por medio de los exorcismos, para que dijese en virtud de que santo o reliquia había de salir de aquel cuerpo.

Respondió que de ninguno, sino del Santísimo Sacramento y de la Purísima Virgen.

Añadió lamentándose:

- Sola María ¡-ay de mi! es la que me ha de echar, y el Santísimo del altar, estos son los que más me atormentan.

Diciendo esto, ponía los gritos en el cielo, afligiendo no poco a la doncella. Torcióale la boca a las orejas con espantosos visages, y decía no le nombrasen a la Virgen, que la aborrecía mucho.

Preguntándole el Padre qué razón tenía para aborrecer a la que sabía ser madre de Dios si creía que lo era y que había sido siempre Virgen y concebida sin pecado original?

- Todo lo creo, dijo el demonio.

- Pues, ¿por qué la aborreces?

- Por eso mismo, y porque fue tan santa y tan humilde Triste de mí, que esta y la comunión me han de echar de esta mi posada. Porque ese (entendía el Santísimo y yo) no cabemos en una casa juntos.

Aquí dijo el Padre:

- Yo tengo gran confianza en este soberano Señor, que ha de entrar en esta doncella, y salvarla, y lanzarte a ti a lo profundo del infierno.

Aquí el demonio a grandes voces:

- Al infierno no, a otra parte sí. -Ay de mí y qué de tormentos he de pasar. Y hablando de la paciente, añadió: - ¿Qué se le da de la gloria que puede gozar en el cielo? Más vale que ahora se alegre y goce de su libertad y regalo, que no es tan para ser temida la pena que se padece en el infierno.

Arguyóle el Padre, muy a sazón con su mismo testimonio.

- Ven acá , maldito si no es de temer el infierno, ¿cómo tú muestras tanta repugnancia en entrar en él?

.....

Díjole el P. Antonio:

-Tú, perverso, irás a donde dices, que esta ha de ser santa y se ha de salvar y cuando en el día del juicio la veas a la mano derecha, escogida para la gloria que tú perdiste, quedarás corrido y avergonzado.

Dijo entonces el demonio al Padre:

- ¿Quién me ha de echar de ella, tú?

Respondió el Padre:

- Yo con la ayuda de Dios y de su Santísima Madre.

Instó aquel:

- No te metas en eso acude al despacho de tus negocios, que harto tendrán en que entender.

- No me estorban a mí, mis negocios, replicó el Padre, para hacerte cruda guerra y sacarte de esta alma y echarte al infierno.

.....

## **Capítulo XIX**

### **Descubre el demonio los embustes con que había engañado a esta doncella las diligencias que hace para que no comulgue.**

Había concurrido alguna gente a los exorcismos pretendió el demonio infamar a la doncella publicando los pecados en que le había hecho caer. Púsole silencio el P. Antonio, y lo que le permitió fue que delante de su confesor, que ya tenía noticia de todo, y en presencia suya, manifestase los embustes con que la había engañado.

Salieron los demás, quedaron solos el confesor, el Padre y su compañero y el padre de las mentiras, puesto con los exorcismos a cuestión de tormento, comenzó a cantar la verdad.

Primeramente refirió todo lo que había urdido por medio de aquel eclesiástico que la enseñaba a rezar, abrasándolos a los dos en amor deshonesto. Que viendo despintada aquella ocasión la había enamorado torpemente del criado feo y lagañoso. Que su intento fue que ella perdiese la honra y la virginidad, y que huyendo su infamia se fuese perdida por el mundo, tropiezo con su hermosura de mucha nobleza y juventud.

Que de allí pasó a persuadirla que ya para ella no había en Dios misericordia, y pues no se había de salvar, soltase la rienda a sus bestiales apetitos. Que desde el punto que ella desesperó había hecho asiento en su corazón y la tenía tan sujeta que no hacía más de lo que él quería. Que con él asistían a la custodia de este castillo cuatro legiones, cuyo caudillo él era que procuraron con todo su conato callase sus pecados en la confesión y que comulgase sacrílegamente.

Que por tres veces habiendo recibido en su inmunda boca la forma consagrada se la habían hecho escupir y arrojar en tierra con irreverencia execrable, de lo que ellos recibieron gran contento. Que otra vez, sacándose la forma de la boca y envolviéndola en un papel, la habían echado en un pozo. Otra la envolvió en un lienzo, y puesta en el seno la llevó a su casa.

Todo esto dijo el demonio, y refiriéndose a la doncella cuando volvió en sí, afirmó que en todo había dicho verdad, y añadió que la hostia que puso en el seno, yéndose a acostar para dormir, la acomodó sobre el pecho, y cuando despertó no pudo hallar ni hostia ni lienzo.

Dijo más, que aquel incendio de la suya que el demonio levantó en su pecho era tan infernal, que le parecía quemarse viva y que sentía salir un hedor intolerable por boca y narices.

No hay duda sino que el Señor estaría justamente enojado por ofendido con culpas tan enormes y desacatos tan detestables, pero cum iratus fueris misericordiae recordaberis, no olvidó la grandeza de su misericordia.

Efecto suyo fue darle a conocer a esta pobre doncella su miserable estado, abriéndose los ojos del alma, y aún haciéndose ver con los del cuerpo las penas que merecía y el peligro en que estaba de dar en ellas.

La primera vez le representó a la vista un profundo pozo, como boca de infierno, que arrojaba espantosas llamas y olor insufrible, y que sin apelación había de ser lanzada en él, y que estando ya para echarla, cierta persona muy sierva de Dios, que la conocía y la había criado, la tenía fuertemente asida para que no cayese.

Dijo más, que aquí comenzó a hacer concepto de la gravedad de sus pecados, porque hasta allí el demonio se los había pintado muy ligeros y vendado los ojos para que no viese su malicia. Otra vez le pareció que toda la casa se venía al suelo con un terremoto y que su cuerpo había de quedar sepultado en la ruina, y en el infierno el alma.

Ni bastaron estos avisos de la misericordia ni estas amenazas y temores de la justicia para reducirla, porque el demonio estaba muy señor del homenaje de la voluntad, y a esta la arrastraba el apetito de los sensuales deleites, a que se hallaba del todo rendida.

Ya mudando derumbo no le pintaba sus pecados ligeros, como en otro tiempo, sino tan graves que la memoria de ellos la impelía a desesperación. Hacía la comulgar sacrílegamente para conservar la buena opinión que había adquirido con la frecuencia de los Sacramentos.

Entre las tinieblas de esta oscura y borrascosa noche, no le faltaban relámpagos de la divina luz que le hacía ver de lejos el remedio de sus males. Entendía estar este librado con una buena confesión y comunión, pero pasaba como rayo aquella ilustración y ella proseguía en su ceguera y despeño.

Atormentábale el alma el repique de las campanas a jubileo, y cuando se hallaba en alguna capilla donde se administraba la comunión, sentía mortales angustias y trasudores. Los mismos padecía de solo ponerse al lado de alguna persona que aquel día hubiese comulgado.

Al mismo pan material le puso el demonio tal asco y aborrecimiento, que ni verlo ni comerlo podía. Mandóle el P. Antonio que comiese un pedazo y obedeció con grande repugnancia. Preguntóle al espíritu maligno por qué no dejaba comer pan a aquella pobre mujer?

Respondió que él había sido angel de las supremas jerarquías, a quien entre otros misterios del Verbo Encarnado, se le propuso el de la sagrada Eucaristía, y que no había tropezado tanto en que Dios se hubiese de hacer hombre y morir por los hombres, cuanto en que se les hubiese de dar en comida y bebida para m s extrañarse con ellos, que esto fue lo que no pudo llevar en paciencia.

Y que si bien aborrecía todos los Sacramentos, pero contra este era su odio mayor, y de ahí provenía el buscar tantas trazas para apartar a los hombres de esta mesa del cielo y para que tantos se sentasen a ella sin la veste nupcial de la gracia, callando pecados en la confesión y comulgando en pecado. Y que como el pan era la materia de este sacramento, quisiera que nadie lo tuviera por alimento de su vida. Aquí era el dar grandes voces:

- Dios ha hecho pan para sustento del hombre -Todo para el angel! Esta es mi rabia, este mi furor.

Oyendo esto el P. Antonio, como quien conocía bien el entrañable amor que Cristo había mostrado a los hombres en darles a comer este pan divino, se enterneció de suerte que no pudo reprimir las lágrimas, y arrebatado de su fervor echó mano de un devoto crucifijo que estaba en el altar, y lo adoró con singular ternura y devoción, estampando sus labios en las llagas del costado, de manos y pies, y dándole amorosos abrazos.

Y volviéndose santamente indignado contra el demonio, le dijo:

- Bestia maldita, obstinada en tu maldad ¿ no reconoces a este Señor por tu Dios y Criador?

Respondió:

- Sí lo reconozco. - ¿ No crees que es hijo de Dios verdadero?

- Sí, creo.

- ¿No crees que nació de madre Virgen?

- También lo creo.

- ¿Y que murió por los hombres en una cruz?

Aquí el maligno con furia diabólica:

- Por vosotros murió por mí no murió nada le debo todo por el nombre y nada por el angel. Por eso le aborrezco.

Díjole el Padre:

- Sí quieres tú gozar los tesoros de su preciosísima sangre, dí como yo diré: Señor mío Jesucristo.

Sonrióse el demonio y dijo mal pronunciado entre dientes:

- Señor mío Jesucristo.

- A mí me pesa.

- Eso no respondió impaciente. Pesarme a mí, no es posible.

Hízole instancias el Padre para que adorase al santo crucifijo.

No hubo remedio, cerrando los ojos, retirando el rostro y haciendo visajes. Besándole el Padre las llagas de costado y pies, le dijo:

- Mira, traidor, cómo yo lo adoro y lo reconozco por mi Dios y Señor y lo amo sobre todas las cosas, y me pesa en el alma y en el corazón de haberle ofendido.

Cerróse el mal espíritu con decir:

-Bésalo tú y adóralo, que tienes obligación porque murió por tí y te ha hecho muchos beneficios, que yo nada le debo.

Habíale oído decir al demonio el P. Antonio, obligado del tormento de los exorcismos que solamente le podrían echar de aquel cuerpo la comunión y la intercesión de la SantísimaVirgen. Y así, habiendo tomado por singular abogada para la empresa de la

expulsión a esta soberana Señora, puso todo su cuidado en disponerla a doncella para que hiciese una buena confesión general y limpia el alma con ella pudiese recibir más dignamente el Santísimo Sacramento.

Deseó la penitente hacer esta confesión con el P. Antonio, por el concepto que había hecho de su santidad pero el Padre juzgó ser más conveniente la hiciese con su confesor, para que él pudiese hacer campo con el enemigo con menos escrúpulo y más libertad.

Procuró éste impedirla con desmayos que le causaba cuando trataba de hacerla, con espantos, con mil dificultades que le oponía pero venciólas todas con la gracia de Dios y confesóse tanto dolor de sus culpas y con tan firme propósito de la enmienda, que así ella como su confesor quedaron satisfechos de que se hizo con todas sus circunstancias buena.

Con esto trató el Padre de que comulgase, esperando que entrando en ella Cristo había de salir Belial. Estando ya bien dispuesto y de rodillas para comulgar y el sacerdote con el Santísimo en la mano, de repente el demonio le mudó el semblante, poniéndoselo de blanco y hermoso tan negro y tan feo que causaba horror el mirarla dióle luego un desmayo mortal, hacia visages horribles y abrió una boca disforme y luego la cerraba, rechinando los dientes como una rabiosa.

Acudió el Padre Antonio que le estaba al lado con los exorcismos y agua bendita con que se aquietó y volvió en sí.

Muy gozosos quedaron los presentes, pareciéndoles que con esto podría comulgar, no advirtiendo que no era paz, sino breves treguas que daba el enemigo para engañar y volver con más brío a la defensa de su fuerza, que tan de grado se le había rendido y entregado. Revolvió, pues, con mayor furia, dando dentro del mismo pecho de la paciencia grandes gritos.

- Ea, malditos, no os canséis, que no ha de comulgar, no ha de entrar ese acá , porque él y yo no cabemos en un pecho.

Comenzó de nuevo a atormentarla con tal impiedad, que parecía que ella misma se había de despedazar a bocados. Repitió los gestos y horrendos visages, y segunda vez, y segunda vez vino a quietarse con los exorcismos.

Preguntáronla si quería comulgar.

Dijo que sí. Púsole el sacerdote la forma consagrada en la boca, sin dejarla de la mano. Al punto la retiró con ímpetu, como si le hubieran puesto una brasa en ella. Quedó desmayada, y oyóse una voz del pecho que decía:

- Yo soy Moncaron, que le impido la comunión no ha de comulgar, ese no ha de entrar acá .

Recorrióse a los exorcismos. Volvió con ellos del desmayo y pidió con grandes ansias la comulgasen. Volvió el sacerdote a ponerle la Forma en la lengua, y quien no las vió, mal podrá formar concepto de las acciones que hizo. Arrollóle la lengua y se la retiró hacia adentro, de suerte, que teniendo ella abierta la boca de un palmo, y mirándola con toda atención, pareció que se la había tragado. Y fue que el demonio ocupó el paso estrecho de la garganta por donde había de introducirse en la plaza el socorro.

Pero obligado con las armas de la Iglesia, desplegó la lengua y la sacó fuera y la entumeció de suerte que parecía imposible recogerla otra vez parecía una grande

berengena morada parósele el rostro feísimo y negro como los carbones, los ojos en blanco, embargada la respiración. Todos la dieron por muerta, porque el demonio había amenazado que la había de matar, y dicho, aunque con mentira, que tenía ya para ello licencia.

Causaba por una parte compasión, por otra horror, el mirarla. Viéronse bullir en la extremidad de la lengua muchedumbre de gusanos entre cuero y carne, que salían de lo interior, y no eran gusanos, sino demonios viéndose el movimiento que hacían, y cómo se impelían los unos a los otros.

Crecieron los temores de que la había ahogado. Volvió el demonio a gritar de dentro: - No se cansen, que no ha de comulgar. Corten esa lengua maldita que ha tocado a ese y no nos atormente a nosotros con su entrada y presencia.

Luego aparecieron sobre la lengua unos pedacitos como de estiércol o carbón quemado, y toda la lengua parecía un tizón muerto. No es decible el pavor que a los circunstantes causaba la vista de este espectáculo.

El mismo P. Antonio Ruiz, que escribió como testigo de vista este suceso, dice en su relación que deseó mucho estuvieran presentes todos los pecadores, y particularmente los herejes que niegan la presencia de Cristo en el soberano Sacramento.

En este aprieto se acudió al remedio de ponerle sobre la lengua los dedos consagrados, y fue cosa admirable que al punto los demonios se retiraron y desaparecieron aquellos gusanos infernales.

Deshízose como tramoya de farsa todo aquel fantástico y diabólico embelezo. La lengua volvió a su lugar, y se admiró de repente en su estado natural, tan limpia, tan colorada, tan sana y jugosa como si nada hubiera pasado por ella.

No se porfió más en darle la comunión, lastimados los presentes de lo que la habían visto padecer, venerando los secretos juicios de Dios, y no alcanzando la causa por que permitía Su Majestad que aquel demonio se mostrase tan rebelde y cruel.

Habiendo vuelto en sí la combatiente y tomado alientos de la pasada refriega, dijo que estaba admirada de lo que había visto en la fuga de aquel mal tratamiento que el demonio le hizo porque vio que éste le tenía su alma en prisiones muy fáciles de romper, y que por eso pidió con tanta instancias el Santísimo, porque conoció que era medio eficaz para quebrantarlas y restituírla en su libertad.

De lo que ella dijo coligió el P. Antonio en que estaba la dificultad de no poder recibirlo, y que había algún impedimento oculto de algún pacto con que la pobre se había ligado con el demonio.

Examinóla despacio si había dejado de confesar algún pecado por vergüenza. Dijo que no. Si había tenido dolor verdadero y propósito firme. Y repondió: Que aunque con la boca decía le pesaba, por ser ofensa de Dios, no iba de todo corazón, y que la mayor pena que tenía era por la que ella padecía en poder de aquellas legiones de tiranos, y por la que daba en sus exorcismos, y no puramente por haber ofendido a Dios. Con que el Padre temió con más fundamento que no estaba aún bien dispuesta para recibir a Nuestro Señor, y que por eso les permitía Su Majestad a los enemigos tanta resistencia y rebeldía.

Vino también a sospechar que sin duda aquella cadena con que se había vista presa del demonio, era algún pacto entre los dos; y que por no haberlo confesado ni retratado

debidamente, y según fuero divino no había quedado suelta de su prisión. Y no fue su juicio temerario, sino muy prudente, como se puede ver en el capítulo siguiente.

## Capítulo XX

### Descubre el P. Antonio el pacto que esta doncella tenía con el demonio.

Volvió el P. Antonio a examinar de nuevo y con especial atención a esta pobre endemoniada, para averiguar si tenía algún pacto explícito o implícito con el demonio, y aunque ella negó firmemente, con todo el Padre la exhortó y animó a hacer de todo su corazón actos de dolor de sus pecados por motivos superiores y a que esforzase su voluntad, para que ayudada de la gracia amase a Dios sobre todas las cosas, y renunciase cualquier género de pacto que hubiese hecho con el demonio, aunque por entonces no se acordase de él.

Obedeció la penitente, y con todas veras se esforzó a ejecutarlo que el Padre le aconsejaba. Cuando llegó a protestar que le pesaba de haber ofendido a Dios por quien era, y a renunciar cualquier pacto, al punto se enfureció el demonio, y dijo a voces:

-¿ Quién me toca en la voluntad, que no es ya suya, sino mía?

Maltratóla mucho; hacíale dar recios golpes con la cabeza por las paredes y que ella misma se martirizase por su mano, añudándole la lengua.

Mandó el Padre al demonio, en nombre de Jesucristo, la dejase hablar. Obedeció, y vuelto en sí, le dijo el Padre:

-Advierta, hija, que ahora me confirmo está ligada de este demonio con algún pacto, aunque ella me lo niega. Yo le ruego por amor del Señor, y por lo que deseo su bien temporal y eterno, vaya continuando en hacer actos de contrición. Yo le enviaré por escrito una fórmula de detestación, de cualquier pacto que hubiere hecho, aunque no se acuerde. Pídele que de rodillas lo lea delante del Santísimo Sacramento con todo su corazón.

Fuese el Padre, y la pobre, con deseo de verse libre de la tiranía de aquel demonio que tanto la atormentaba, envió a pedir al Padre por su mismo confesor la fórmula del acto que había de hacer; el Padre se la envió del tenor siguiente:

Digo yo N. sierva y esclava de mi Señor Jesucristo, que si por algún caso, con libertad o sin ella, instigada o engañada el demonio, le hubiere hecho entrega de mi voluntad, condicional o absoluta, o de cualquier manera que haya sido, digo que por la presente cédula, de todo mi corazón y con plena voluntad y deliberación me desdigo y anulo, y doy por ninguno el dicho pacto y cualesquiera palabras que yo haya dado u ofertas que haya hecho al demonio, porque como hija legítima que soy de la Iglesia Católica Romana, creo firmemente todo lo que ella me enseña y me manda creer, y conozco a sólo mi Dios y Señor por creador de todo el Universo, a quien infinitamente me pesa de haber ofendido solo por ser él quien es, y porque lo amo sobre todas las cosas, y me pesa de lo poco que me pesa, y de lo mal que he correspondido a su inmenso amor. Y propongo firmemente con su divina gracia, de apartarme de todo lo que fuere ofensa suya. Y de esta detestación de todo pacto y declaración de mi última voluntad, pongo por testigos a los santos, mis abogados, particularmente a la Sacratísima Virgen María. Y ruego a mi confesor firme conmigo esta cédula, para que sea notoria mi voluntad a todos los demonios, particularmente a Moncaron, mi mortal enemigo y a todos sus

compañeros. A todos los cuales maldigo y aparto de mí, entregándome de todo mi corazón a mi Señor Jesucristo que con su sangre me redimió, y por la cual espero ser sana y salva.

Envióle el P. Antonio [Ruiz de Montoya] este papel cerrado y sellado porque nadie lo leyese. Apenas llegó el confesor a la puerta con él, cuando comenzó a alborotarse el demonio pidiendo que no entrase.

Entró y entregósele, y aquel se inquietó más, instándola que sin abrirlo ni leerlo lo hiciese pedazos. Detúvola el respeto que tenía al Padre. Comenzó a leerlo y lo leyó todo, y se halló con más fuerzas espirituales y fue luego a la iglesia, y al paso que se iba acercando a ella, sentía más facilidad en leerlo otra vez.

Llegó, y puesta de rodillas delante del Santísimo, lo leyó con mucha devoción y nuevos deseos de salir de la esclavitud de tiranos tan perniciosos y de asentar un nuevo modo de vida en servicio de Nuestro Señor. Y después de leído lo cosió en el vestido sobre su corazón, proponiendo de enterrarse con él después de muerta. Con esta diligencia cobró notables alientos y esperanzas de conseguir su deseada libertad.

Volvió el P. Antonio [Ruiz de Montoya] a la estacada a hacer nueva guerra con los exorcismos al enemigo. Díjole la doncella:

- Padre, hasta ahora nunca pude declarar bien la causa de mi desdicha; ahora ya, gracias a Dios, me veo libre y con ánimo para manifestarla. El caso fue que atormentándome el demonio con bascas<sup>12</sup> y aflicciones interiores, todas las veces que había de comulgar, yo buscaba remedios para verme libre de este oculto y penoso martirio. El maligno espíritu me prometió librarme de él si yo le entregaba mi alma, y que asimismo, sin la pena de aquel remordimiento podría perseverar en amar torpemente a aquel mancebo. Desde este punto quedé muy consolada y alegre, y con más desahogo lograba los gustos de su torpe amor. Entoncez sin duda se enseñoreó el demonio de mi alma y de mi voluntad, porque todo el amor que antes tenía a Cristo se convirtió en un odio tan grande, que siempre que veía alguna imagen suya me parece que la quisiera despedazar. Lo mismo hacía con el Santísimo Sacramento, y así cuando alzaba el sacerdote la hostia, cerraba los ojos para no verla; asimismo aborrecía a los que lo alavaban o trataban de su devoción. Solamente me duraba el cariño y devoción a la Santísima Virgen, y me holgaba de ver y adorar sus imágenes, y me encomendaba a ella de todo corazón.

Animóla el Padre a repetir el acto de detestación que le había enviado, y que fiase en Dios, que la sacaría del poder de aquel dueño intruso.

Pero todas las diligencias sobredichas no fueron bastantes para libertarla, porque quería Su Majestad que la victoria se atribuyese a su santísimo cuerpo Sacramentado y a la intersección de su purísima madre.

El P. Antonio Ruiz [de Montoya], acordándose de lo que dijo el Salvador en el Evangelio a sus apóstoles que hay linaje de demonios que no se lanzan ni si in oratione & ieiunio, acudió con particular fervor al ayuno y oración; gastó en esta toda aquella noche, suplicando a Nuestro Señor usase de misericordia con aquella pobre alma y mandase al demonio que la dejase en su libertad, para que pudiese consagrarse toda a su divino servicio y reparar las ruinas pasadas. Puso por medianera a la Santísima Virgen. Salió muy consolado de la oración, y con grandes esperanzas de feliz suceso.

<sup>12</sup> Basca: ansia, inquietud en el estómago cuando se quiere vomitar. Inapetencia.



Con esta previa disposición volvió al palenque con su adversario y lo apretó fuertemente, para que le dijese el día en que había de dejar libre aquella pobre doncella que había engañado, y que, a pesar suyo, había de ser santa. Enfurecióse el demonio contra el Padre y amenazólo que se lo había de pagar.

El P. Antonio [Ruiz de Montoya], sin hacer caso de sus retos, le instaba que señalase el día de su salida. Respondió que en día del Corpus, que estaba cerca. Luego se embraveció de manera que seis personas de buenas fuerzas no la podían tener, y la levantó en el aire, y con gran violencia dio en tierra con ella, poniéndole el rostro feo y abominable. Y revolviendo furioso contra el Padre, le dijo:

- Maldito enemigo, cómo me has desposeído de la voluntad que ella misma me dio. Con papelillos le has trabucado el juicio.

Aquí era la compasión, porque ya la hacía rebuznar como jumento, ya ahullar como perro, ya gruñir como cebón<sup>13</sup> cuando lo deguellan. Púsole de nuevo el rostro cárdeno<sup>14</sup> e hinchado porque le apretaba la garganta con ademán de ahogarla, quejándose del tormento que le daban los exorcismos.

Díjole el Padre:

- Si tanto te atormenta la batería que con ellos te doy, dí, traidor, ¿por qué no desamparas la fuerza, siquiera por verte libre de esta pesadumbre? Eres necio en mantenerte en ella, porque ves el fruto que en muchas almas se hace, a vista de la crueldad con que tratas a los que se profesan tuyos.

Respondió que por solo estorbar una comunión sufriría mayores tormentos, porque no podían caber en un pecho ellos con su mayor enemigo. Y añadió:

-Buena guerra nos has hecho esta noche con tus ruegos importunos a María. Dime, pues la quieres tanto, y se lo suplicas con tantas veras, que me destierre de aquí, ¿cómo no lo has conseguido?

Respondió el Padre:

- Porque mis pecados hacen mis oraciones de poco valor. Y porque del mal que le hace sabe sacar Dios grandes bienes. Mira cuántas confesiones generales se han hecho estos días: cuántas almas han hecho propósito de servir de veras a Dios. A más que ahora que ya está reconocida de sus culpas y pesarosa de ellas, quiere Dios darle el purgatorio en esta vida; y que escarmentada tan a costa suya en tus embustes, no dé más grata audiencia a tus diabólicas sugerencias y ordene de suerte su vida, que con mucha confusión tuya la veas en el día del juicio en alto grado de gloria. Ella parar en el cielo, y tú y todos los tuyos sereis sepultados para siempre en las cárceles del infierno.

Aquí dio el demonio horribles bramidos, querellándose de que lo habían desalojado de aquella voluntad, donde se hizo fuerte y pensó estar muy seguro.

-¿Es posible, decía rabioso, que unos hombrecillos me han de sujetar a mí, tan grande, tan sabio, tan poderoso?

Remató amenazando al Padre que muy presto le pagaría la burla que le había hecho. No tardó mucho en intentar la ejecución de su venganza; tres veces embistió el día siguiente

<sup>13</sup> Cebón: el puerco y otros animales cebados.

<sup>14</sup> Cárdeno: lo que es de color amoratado.

al P. Antonio; pero de todos tres combates salió con las manos en la cabeza. El primero fue con la traición que aquí diré:

Vino por la mañanita al Colegio imperial una mujer a quien el Padre nunca había visto, a rogarle fuese servido de llegarse a consolar a una hija suya que tenía gravemente enferma.

Creyendo el Padre que se quería confesar, fue allá y la mujer salió con una hija suya de hasta dieciocho a veinte años, muy hermosa y con toda gala y curiosidad ataviada.

Comenzó a llorarle, diciendo que tenía un muslo muy malo, con agudísimos dolores, que no la dejaban reposar de noche ni de día, y que por más remedios que le habían hecho médicos y cirujanos, no hallaba el menor alivio; que por amor de Dios la viese y tocase con sus manos santas y consagradas, que del contacto de varón tan santo esperaba la salud.

No era necesaria tanta luz del cielo como la que el P. Antonio tenía para descubrir el ardid y lazo del demonio. Recogióse interiormente a implorar el auxilio del cielo, y respondióle muy mesurado:

-Pésame mucho, señora, que para esto se haya cansado en llamarnos. Yo no soy médico ni me entiendo de curar achaques del cuerpo, sino del alma. Lo que yo haré ser encomendarla a Nuestro Señor en mis pobres oraciones, y exhortarla con todas veras, como lo hago, procure no ir al infierno, porque si este dolorcillo le parece insufrible, ¿qué ser padecer por toda una eternidad aquel agregado de agudísimos e intolerables ardores; arder y más arder para siempre?

Con esto se despidió y volvió a su retiro victorioso, dando infinitas gracias a Dios porque lo había sacado salvo de aquel peligro.

El segundo combate fue aquella misma noche en su aposento, acometiéndole con feísimas representaciones pero triunfó de ellas con no menos gloriosa victoria.

Del tercero, dice el mismo Padre que no es para referido con casta lengua y religiosa pluma.

Cuando el soberbio Luzbel vio al Salvador del mundo incontrastable a los tiros de las dos primeras tentaciones, quiso probar ventura con la de vanagloria. Putabat malignus, quem gula non vicerat, vana gloria superari. Persuadióse el astuto enemigo, que al que no rindió con la gula ni con la avaricia había de atropellar con la vanagloria. Lo mismo hizo con este soldado valiente de la Compañía de Jesús.

Continuó éste el día siguiente la batería de los exorcismos. Sonrióse el demonio, y díjole:

- Díme. ¿cómo te fue ayer?

Respondió el Padre:

- A mí muy bien, por la misericordia divina, pero a tí muy mal, que por tres veces quedaste vilmente vencido.

Y queriendo el demonio relatar el suceso y alabarlo para desvanecerlo, el Padre, con severo precepto, le dió un tapaboca y le hizo callar.

Quedaron los circunstantes deseosos de saberlo que había pasado, pero no se les logró la curiosidad.

Prosiguió en los exorcismos, porque con ellos se conoció que el enemigo iba perdiendo tierra y ganando cielo la paciente. Comenzó aquel a dar grandes voces:

- Dejádme, no me atormentéis más, sujetándome a ese vuestro Cristo, porque es la cosa que m s aborrezco.

.....

Obligó el Padre a la endemoniada que dijese esta oración, que es muy eficaz contra los espíritus malignos: Domine Jesu Christi, ego sum creatura illa, quam tu per ignominiosissimam mortem redemisti ab omni potestate inimici. Tu ergo solus imperium & potestatem babes super me, miserere mei & salvame. Comenzó la doncella a decir la oración, y no le dejaba proseguir el demonio; pero mandándole el Padre a fuerza de preceptos y golpes de estola, no lo pudo impedir. Cuando llegó a aquellas palabras: Tu solus imperium habes & potestatem superáme, daba alaridos el demonio:

- Esto no; ¿él sólo ha de tener potestad? Eso no.

Púsose ferocísimo como un tigre desatado. Rogaba la pobre al Padre que la ayudase y defendiese de su furia. Lo que hacía con notable valor y caridad.

Volvió el demonio contra él y díjole:

-Enemigo maldito, que a solo atormentarme has venido de las Indias, y a sacarme de la casa que pacíficamente he poseído tantos años. ¿A esto viniste, maldito? ¿A quitarme esta alma que tenía por mía? ¿Es posible que se ha de burlar de mí un hombrecillo, siendo yo angel y príncipe tan poderoso?. Maldita sea tu venida, pues ha sido para descubrir mis marañas.

Y enfureciéndose de nuevo contra la endemoniada, la voló en alto, y le hizo dar un grande golpe en el pavimento. En este conflicto acudió el Señor a la paciente con soberanos auxilios, y le dio a conocer que no rompja del todo sus prisiones, porque ella no acababa de arrepentirse de sus pecados, puramente, por ser ofensas de Dios. Y así con extraordinario fervor, comenzó a decir:

-Solo por ser quien eres, me pesa, mi Dios, mil veces de haberte ofendido; y rogaba al Padre le dijese a Dios en su nombre lo mismo, protestando que ella amaba a Dios sobre todas las cosas, y que renegaba del demonio; que deseaba salir de su servidumbre, y ser humilde y perpetua esclava de su Señor Jesucristo y de su Madre Purísima.

Apenas hizo estos actos cuando le dio un súbito desmayo; quedó con el rostro pálido y difunto, yertas y heladas las manos, afilada la nariz, hundidos y eclipsados los ojos. Todos se persuadieron que era ya muerta y la comenzaron a llorar. Habíansele hecho en la garganta unos tumores grandes, como de paperas.

El P. Antonio [Ruiz de Montoya], que tenía en Dios puesta su confianza, los tocó con los dedos consagrados, y al mismo punto se deshicieron, y la paciente volvió en sí y el demonio comenzó a dar voces:

- Ya estoy vencido, ya no tengo fuerzas, ya estoy fuera de la voluntad que poseía.

Desde este punto comenzó a flaquear, y para acabar de rendirlo y expelerlo, trató el Padre de darle la Sagrada Comunión.

## Capítulo XXI

### Acude el P. Antonio (Ruiz de Montoya) al remedio de la Sagrada Comunión para expeler al demonio.

Aunque este remedio se juzgó siempre por muy eficaz, dilatóse a fin de disponer la penitente con una sincera confesión general, no ya por razones humanas, sino por motivos divinos.

Grandes esfuerzos hizo el demonio para estorbar esta confesión, y para que de nuevo la admitiese en su voluntad, de la cual los exorcismos y detestación de todo pacto lo habían expelido. Hizo su asiento en los pies y de allí hacia sus subidas y asaltos a la cabeza. Ya la enmudecía, ya la privaba del uso de los sentidos, ya le ofuscaba el entendimiento y le confundía la memoria. Dejábala como muerta; irritábala contra el confesor y contra el P. Antonio, dándole a entender que ellos habían turbado su paz y tenían la culpa de todo lo que padecía. Hacíale mil promesas, amenazábala con rigores, todo para que de nuevo le diese entrada en la voluntad, de donde a vivas violencias lo habían expelido; pero no pudo salir con su intento, porque ella, cuando más combatida, más alentada acudía a Nuestro Señor, y Su Majestad la socorría con eficaces auxilios, y el P. Antonio por su parte y el buen confesor por la suya, con saludables consejos y sufragios de misas y oraciones, le ayudaban a pelear y vencer aquel porfiado enemigo.

A despecho de éste, concluyó su confesión, quedando así ella como el confesor muy consolados y satisfechos de que se había hecho con todos los requisitos.

Con esto se previnieron las cosas para darle la comunión, y porque los demonios no subiesen de los pies a impedirla, como solían, le pusieron al cuello una estola, y por consejo de una piadosa señora que se hallaba presente, la ciñeran con otra el cuerpo y con otra los pies, si no les hubiera ido a la mano el mismo demonio, que sabedor del intento que tenían, dijo:

-¿Y ser decencia que los sacerdotes le vean y toquen los pies?

Aquí el honestísimo P. Ruiz [de Montoya]:

-Huelgóme, respondió, de verte tan modesto y tan celoso de la castidad, habiendo blasonado que eres supremo fautor<sup>15</sup> de la lascivia<sup>16</sup>.

Solamente se le puso al cuello la estola. Tomó el confesor la Forma sagrada, y sin dejarla de la mano se la puso en la boca.

Al punto el demonio le hizo hurtar el rostro y todo el cuerpo.

El Padre, que le tenía aplicada a la garganta la estola, sintió que los demonios a manera de gusanos, rebullían en ella para saltar a la lengua, y que al contacto de la estola y dedos consagrados, huían hacia abajo. Conque se le pudo dar la Forma; pero antes de recibirla, la hizo desmayar el demonio de suerte que parecía difunta.

Volvióla en sí el Padre con los exorcismos. Repitió el desmayo, pero no la privó como la primera vez de los sentidos. Y así ella pidió por señas le diesen la comunión y le dejasen en la boca la Hostia para sumirla. Hízose así, y al punto fugitivos bajaron a los pies aquellos gusanos infernales, y ella pasó sin dificultad la Forma, y luego se le puso

<sup>15</sup> Fautor: el que favorece y ayuda a otro. Instigador con mal fin.

<sup>16</sup> Lascivia: propensión a los deleites carnales. Lujuria.

el rostro con su natural color, hermoso y agradable. Quedó como arrobada<sup>17</sup>, y estuvo así sin hacer movimiento todo el tiempo que pudieron durar sin consumirse las especies Sacramentales.

Las señoras que se hallaron presentes, unas lloraban de puro contento, otras a voces daban gracias al Padre de las misericordias por la grande que había usado con aquella pobre doncella, metiéndola salva en tan seguro puerto, después de tantas tormentas y persecución de corsarios; otras se llegaban a ella y le tocaban el rostro y las manos, y quedaban admiradas de ver que no se movía. No había quien las arrancase de allí

Estuvo todo este tiempo, según ella dijo después como si estuviera en gloria, gozando la presencia de su divino Señor. Consumidas ya las especies, los demonios, que se habían retirado al fondo de los pies, la comenzaron otra vez a inquietar, porque volviendo ella en sí y viendo que la tocaban las mujeres, la incitaron a impaciencia, juzgando que ellas le habían interrumpido la bienaventuranza que en aquel rapto gozaba; y así se levantó de allí con aires de impaciente, cubriéndose el rostro, y se retiró a un rincón, sin querer mirar ni ser vista de nadie.

Conoció el Padre que aquel era ardid del demonio, que por aquel camino pretendía turbar la paz de su alma, y díjole:

-Mucho me huelgo, Moncaron, de verte tan recatado y humilde. ¿Dónde está tu poder? ¿Dónde tu sabiduría, de que te jactaste tanto?

Arremetió como rabioso perro con la boca abierta a morder al Padre, el cual le ofreció los dedos consagrados para que los mordiese.

Huyó luego, y cerró los dientes y labios fuertemente. Hizo risa el Padre de esta acción del demonio. Y este dijo colérico:

-Maldito, ¿de qué te ries? ¿Haces burla de mi por verme ya rendido? Confieso que lo estoy, ya nada tengo mío en esta voluntad.

Y prosiguió lamentándose:

-¡Ay de mí, que ya ha llegado el día de mi triste partida a los infiernos a los infiernos. Desdichado de mí y cual me han de tratar aquellos demonios, pues al cabo de tanto tiempo no llevo presa alguna, habiendo yo dado palabra de llevar esta alma! Y lo que más siento es que siendo yo tan poderoso me hayan vencido unos hombrecillos.

Aunque él mismo se daba ya por vencido, ni salió este día ni el del Corpus, en que prometió había de salir, siempre permanecía retirado en los pies. Trató el Padre que recibiese otras dos veces la comunión en aquella octava del Santísimo, y las dos veces hizo el demonio de las que solía para impedirlo.

La primera vez fue en el mismo día del Corpus. Tomó el Padre la Custodia para comulgarla, y aunque el demonio la hizo desmayar como solía y dio con ella en tierra, poniéndola disforme el rostro en figura de culebra, y la llevó arrastrando como si lo fuera, con movimientos de serpiente, que causaban a los presentes grande espanto. Así llegó a los pies del Padre, el cual, para más humillar al demonio, le puso el pie sobre la cerviz, diciendo lo del Salmo 90: Super aspidem & basiliscum ambulabis & concalcabis leonem, & draconem.

<sup>17</sup> Arrobada: rapto, éxtasis en que se eleva el alma a Dios. Elevarse quedar fuera de sí.

Hizo el soberbio demonio extremos de sentimiento de este ultraje. Mandó el Padre de parte de aquel Señor que tenía en sus indignas manos, la dejase comulgar y que se fuese al infierno. Dejola luego, y volviendo en sí comulgó y luego se le puso el rostro como de un angel, y quedó arrobada con gran quietud como la primera vez. Conoció que con la sagrada comunión a ella se le aumentaban las fuerzas y al contrario, se enflaquecían las suyas.

Andaba ya el demonio en vigilia de desamparar aquella fuerza y dejarla a la obediencia de su legítimo Señor. Y aquella noche se apareció a la doncella en figura ridícula de un hombrecillo negro y viejo con una candela en la mano. En la misma figura y noche se le apareció en su celda al Padre Antonio, y por despedida le dijo palabras torpes. A la paciente amenazó que la había de matar; pero animóla el Padre a que no hiciese caso de sus fieros, que ya el desventurado andaba con la candela en la mano.

Respondió entonces el demonio:

¿Al fin, que estoy ya para espirar con la vela en la mano? Así me viste tú también en tu celda. ¿No te acuerdas de las palabras que allí te dije?

Y queriéndolas repetir, le puso el Padre silencio, porque no inficionase con ellas las orejas castas.

Llegó al fin el día deseado de la perfecta victoria, y fuga del enemigo. Advirtió este que antes de salir tenía que decir, y convidó a los oyentes, que fueron muchos, deseosos de ver en que paraba aquella batalla tan reñida.

Hizo el demonio un largo razonamiento de sus proezas y de los embustes que usaba para engañar a las almas, y que a muchas doncellas de buena cara las hacía pobres, para que obligadas de la necesidad buscasen por medios ilícitos el sustento y a costa del alma diesen gusto a sus cuerpos.

En este sentido estaba la doncella haciendo actos muy fervorosos, sacrificándole al Señor su alma, su voluntad y corazón, suplicándole que pues ya era toda suya la sacase del poder de aquel demonio. Barruntó<sup>18</sup> éste lo que aquella hacía, y djóle:

-¿Que quieres de mí, mujer? Válgame cuantos demonios hay en el infierno. Yo te quería llevar conmigo, y tú no quieres venir.

-No la llevará ese maldito, le dijo el Padre.

A lo cual respondió:

-Otras he llevado mejores que esta.

Instó el Padre de nuevo a la doncella que renovase con el posible fervor el acto de contrición y detestación del pacto. Hízolo así, y entonces dijo el demonio:

-Ya esto está acabado, ya aquí no tengo que hacer. Yo me doy por vencido; el Sacramento me echa; yo quiero cumplir mi palabra.

Mandó el Padre diese alguna señal de su partida. Respondió el demonio:

-¿Qué señal queréis? ¿Algún cuarto hurtado como otros hacen? Yo lo hiciera luego, pero me han mandado no dé otra señal sino la comunión, y por fiadora a María. Y así

<sup>18</sup> Barruntó: preveer, conjeturar por algún indicio.

bien puede comulgar de aquí adelante, que la paz con que comulgar ser la señal más cierta de mi ida. Buena fiadora ha tenido en María. María me echa.

Y añadió temblando:

-¿Qué esto? ¿Ha llegado el día del juicio? Esta fue la última palabra, y no se sintió más.

Quedó la paciente muy quieta; confesóse con mucho sentimiento, comulgó con igual devoción, sin contradicción alguna, ni rastro de los disturbios pasados, y prosiguió en adelante frecuentando los Sacramentos, empleándose toda en el servicio de Dios, y edificando a todos con su ejemplar vida.

Visitóla el P. Antonio Ruiz [de Montoya], pasados algunos días, y la halló con el mismo sosiego y muy agradecida, a lo que había trabajado en restituírle su libertad. Cuando, hubo de partir de España para volver a las indias, la visitó otra vez, la cual reconoció después de Dios al valimiento que con Su Majestad tenía el P. Antonio, dándole de nuevo las gracias por el beneficio que por su mano y tan a costa suya había recibido.”

## 7. Dedicación del templo de Nuestra Señor de Loreto.

**Impresión:** Jarque, 1900: 313-315.

**Edición:** Es editado el texto transcrito por el P. Francisco Jarque con ortografía actualizada y notas.

**Destinatario:** El Superior de la Provincia Jesuitica del Paraguay P. Nicolás Mastrilli Durán.

**Fecha:** 1622 (?)

**Autores:** Jarque, 1900: 313-315

### Texto

“En el Loreto<sup>19</sup> dedicamos un templo a la soberana Virgen en una de sus festividades. En la noche de la vigilia se hallaban juntas al regocijo más de sesenta personas.

Todas estas vieron clara y distintamente que de la iglesia vieja, que estaba enfrente de la nueva, salían tres personas vestidas de un rico y celestial ropaje, blanco como los ampos de la nieve, lucido como bruñida plata. Sus rostros parecían tres soles, con unas cabelleras como hebras de oro, derribadas sobre sus hombros. En medio de ambas iglesias, vieja y nueva, estaba arbolada una hermosísima cruz, con tres gradas por pie, y

---

<sup>19</sup> “...Habiendose detenido el P. Antonio Ruiz toda la cuaresma en Buenos Aires, y edificado con los grandes ejemplos de su santidad, no menos a los externos que a los domésticos, volvió al Paraguay llevando consigo al P. Bernardino Tello y una imagen de mazonería, hermosísima y devotísima de Nuestra Señora de Loreto, que en el navío vino de España, y ha obrado en aquella reducción milagros, con otras muchas alhajas para ornato de sus iglesias y adelantamiento del culto divino” (Jarque, 1900: 18).

subiendo por ellas con pasos llenos de majestad, se arrimaron a la cruz, mirando con cariño al altar de la iglesia nueva, que aún no tenía puertas.

Estaba la gente absorta contemplando la hermosura y gallarda disposición de aquellos tres personajes, en la cual todos tres diferenciaban, porque ninguno era de la medida del otro.

Unos niños que allí se hallaron, con más simplicidad que respeto o miedo, se encendieron en amor de aquella peregrina belleza, y atraídos de ella se iban acercando a ellos para estar en su compañía y gozar más de cerca de tan agradable espectáculo. Pero ellos se retiraron poco a poco y volvieron a la iglesia vieja, de donde habían salido.

Quedaron todos con mucha pena, culpando la osadía inocente de los niños, pareciéndoles que por su causa les había durado tan poco la visión de aquella gloria.

Discurrióse con piedad que podían ser las tres personas de la Trinidad Beatísima, a cuya deidad se consagran los templos, o los ángeles que asisten a la majestad de Cristo sacramentado, y quisieron dar a entender lo mucho que gusta Dios de que se le consagren en la tierra templos a su grandeza divina.”

## 8. Relato de una aparición.

**Impresión:** Jarque, 1900: 315-316.

**Edición:** El texto transcrito es publicado por el Padre Francisco Jarque con ortografía actualizada.

**Destinatario:** Los Padres de la Compañía de Jesús.

**Fecha:** 1622 (?)

**Autores:** Jarque 1900: 315-316.

### Texto

#### Relato de una aparición<sup>20</sup>

“Estaba durmiendo en el aposento, y sería como la media noche, cuando soñó que se le representaba una alma muy triste y como vestida de luto, que por una calle del pueblo iba dando suspiros con muestras de mucho pesar y sentimiento; que después vino a la iglesia, entró por la puerta principal y en medio de ella se puso de rodillas, haciendo fuertes actos de contrición, hiriendo con recios golpes los pechos; de allí a buen rato salió por otra puerta, que también estaba cerrada, y llegó al medio de la plaza, donde la perdió de vista.

Despertó con la pesadilla y dando por verdad lo que pudo ser puro sueño, pues no iba en ello a perder, ofreció por el alma que juzgaba ser, algunas oraciones. Dudó si le diría la misa, pero quiso primero averiguar si alguno del pueblo, que madrugan y trasnochan mucho, habría visto despierto lo que él dormido.

<sup>20</sup> Este caso le sucedió al P. Antonio Ruis de Montoya él mismo lo cuenta como de tercera persona(Jarque, 1900: 315).



Apenas salió de su rincón, cuando vió un corrillo de gente, que confería alguna novedad. Llegó uno de ellos, y dióle noticia cómo estando a la media noche bien despierto a la puerta de su casa, había visto pasar una que le pareció alma venida de la otra vida. De este informe tuvo harto el Padre para ir luego y ofrecerle la misa, que para este fin permite el Señor apariciones semejantes. En muchas otras ocasiones se le aparecieron algunos difuntos, implorando el socorro de sus sacrificios y oraciones.”

### **9. Advertencia sobre la llegada de los naturales capitaneados por los hechiceros. Fundación de la Reducción de San Francisco Javier.**

**Impresión:** Jarque, 1900: 67-71.

**Edición:** Es editado el texto transcrito por el P. Francisco Jarque, con ortografía actualizada.

**Destinatario:** El Superior de la Provincia Jesuitica del Paraguay Padre Nicolás Duran Mastrilli.

**Fecha:** 1627 (?).

**Autores:** Jarque, 1900: 67-71.

#### **Texto**

#### **Amenaza de invasión de los hechiceros, fundación de la Reducción de San Francisco Javier**

“Apenas tuvieron noticia que habíamos llegado a sus tierras, aquellos malditos hechiceros que martirizaron por casto al indio cristiano, cuando amotinaron los pueblos para sacarnos del mundo. Desgalgábanse a ruín el postrero como perros o tigres rabiosos por aquellas sierras, compitiéndose sobre quien sería el primero que llegase a hacer suerte en nuestras vidas. Las mujeres del pueblo, que como más piadosas ya nos tenían respeto y amor, comenzaron ya a lamentarnos por muertos los vecinos bien quisieran defendernos, pero reconocían sus pocas fuerzas para resistir a tan resuelta y desesperada muchedumbre.

Creían en el pueblo la turbación, en nuestros pechos el gozo de ver que se nos acercaba un tan dichoso fin.

Lleguéme al P. José Cataldino, y díjele aquellas palabras de San Ignacio mártir: *Fruentum Chhristi sum dentibus bestiarum molar ut panis mundus inveniar*, y que juzgaba que aquel día sería el último de nuestra peregrinación, y que esperaba en la divina bondad, nos veríamos en el cielo.

Respondióme con mucha paz y sereno semblante:

- Cúmplase en todo la voluntad de Dios - y vuelto a los indios que estaban fabricando una choza que sirviese de iglesia, entre tanto que se hacía la principal, les dio orden de lo que habían de hacer y prosiguió en asistir a su obra.

Este fue el susto que tuvo aquel varón santo viendo la muerte vecina, porque toda la vida no había hecho otro que disponerse para una buena muerte.

Algo más fue esto que lo del otro matemático que avisándole que el enemigo entraba la ciudad, que acudiese al remedio, o a ponerse en salvo, respondió con mucha flema que le dejasen perfeccionar unos círculos que estaba echando con el compás en la mano.

Aquel pudo tener esperanzas de buen cuartel, pues la invasión no era contra su vida aquí los religiosos Padres ningún arbitrio de piedad podían esperar de aquellas fieras sedientas de su sangre. Con todo, ninguna prevención o mudanza hicieron, ni trataron de huir, ni de esconderse más que si los buscaran para hacerles algún solemne recibimiento, lo que no poco admiraron los mismos gentiles que trabajaban en la obra.

Había venido a visitarnos poco antes un cacique principal, traído sin duda de la divina Providencia, para tutor de nuestras vidas, estimado por su sangre, y entre ellos de grande autoridad por entendido y elocuente, en quien se verificó lo del poeta: Si forte virum quem, conspexere silent. Este, viendo ya que se acercaban las furiosas tropas con las flechas en sus arcos, solióles al encuentro y fue poderoso para detenerlos. Hízoles un elegante y grave razonamiento, representándoles que nuestra entrada no era de enemigos que iban a conquistarlos, que era agravio de su valor tener miedo a dos desarmados extranjeros y santos sacerdotes, ni era de mercaderes codiciosos de plata y oro, pues no ignoraban que en sus tierras no había minas. Que el fin de su venida no era otro que enseñarles a bien vivir, con más policía, más virtud y honestidad de costumbres, y por este camino hacerlos hijos de Dios y ponerlos en el de su eterna salvación, que ninguna honra ni provecho se les podía seguir en manchar sus manos en aquella sangre inocente.

Pudieron tanto con ellos las razones de este cacique, que cada lobo volvió por su senda desistieron de la empresa y dieron la vuelta a sus lugares. Conque pacíficamente pudimos dar principio a una reducción con nombre de San Francisco Xavier, la cual en pocos meses creció a mil y quinientos vecinos. La virtud de la fe, el santo bautismo y la divina palabra, domesticaron aquellas fieras y las convirtieron en mansos corderos.”

## 10. Instrucciones para la Reducción de San Javier

**Impresión:** Jarque, 1900: 72-73.

**Edición:** Es editado el texto transcripto por el P. Francisco Jarque con ortografía actualizada y especificación de terminos antiguos.

**Destinatario:** El Superior de la Provincia Jesuitica del Paraguay P. Nicolás Mastrilli Duran.

**Fecha:** 1627?.

**Bibliografía:** Storni, 1984: 430.

**Autores:** Jarque, 1900: 72-73.

## Texto

### Instrucciones para la Reducción de San Javier

“Vencidas graves dificultades en la jornada a cierta provincia de gentiles, partió para ella con los compañeros, y habiendo caminado dos días, estando una noche recogido en su hamaca, vio delante de sí un hombre con negro y despreciable vestido, y la cabeza cubierta con un sombrero viejo, el cual le dijo: "Tú no pasarás de aquí, por que no es para tí la empresa que intentas. Para otros Padres que te han de suceder la tiene Dios guardada. Por tanto, lo que te conviene es volver a donde saliste". Todo esto fue entre sueños. Despertó encomendándose a Dios porque temió que habían de poner algún grande obstáculo los demonios, que eran muy señores de aquellas almas, aunque los trataban como muy tiranos.”

### 11. Primera jordana trágica para la conversión del Cacique Tayaoba.

**Impresión:** Jarque, 1900: 77-87.

**Edición:** El texto transcrito por el P. Francisco Jarque con ortografía actualizada y especificación de terminos antiguos.

**Destinatario:** Los Superiores y Padres misioneros, además de difundir la acción apostólica y evangélica, que requería un cuidado especial en la conversión de los naturales.

**Fecha:** 1627 (?).

**Autores:** Jarque, 1900: 77-87.

## Texto

“Tenía esta provincia mucha gente y muy arraigada la observancia de sus gentílicas costumbres, particularmente en la bárbara de alimentarse con carne humana.

Hallábanse aquellos valles y sierras pobladas de infinitos hechiceros, llenos de mil errores y supersticiones, que aborrecían peregrinas religiones, predicando la suya por cierta y verdadera. Algunos se mentían dioses, fingiendo mil patrañas en testimonio de su divinidad, creída fácilmente de la ignorante plebe. Porque como es grande la natural elocuencia de estos embusteros, la gente ordinaria los oye boquiabierta y los venera, dando crédito a sus mal forjadas mentiras.

Prosiguiendo mi viaje llegué a un pueblo pequeño de hasta sesenta vecinos y me recibieron con mucho amor. Paguéles el agasajo predicándoles la Ley de Dios, y todos la recibieron y se bautizaron.

Llamábase este pueblo Ytacurú, tomando el nombre de su cacique. Detúveme en él dos meses, así para instruirlos en la fe como para informarme de los usos, o abusos de las costumbres y fueros y otras cosas particulares de la nación, y darles desde allí algunas noticias precisas del fin de mi venida.

La llave o puerta de toda la provincia era un pueblo distante una jornada. Envié a sus moradores algunos donecillos de anzuelos, cuchillos, cuentas y otras brujerías que ellos estiman más que piedras preciosas, conque vinieron algunos a visitarme. Recibieron con todo agrado y díjeles cómo deseaba entrar en su tierra a anunciarles la eterna salud. Aseguráronme que hallaría franca la entrada y que sería muy bien recibido. Con esto partí por el río en canoas.

Llegué a su lugar con sol. Dieron aquel día muestras de recibirme con gusto y fueron fingidas, porque avisados los vecinos de la comarca de mi llegada, toda aquella noche fue bajando gente armada de todas las sierras circunvecinas con ánimo de degollarme, y hacerme de mis carnes banquete, como también de las de otros quince indios que iban en mi compañía.

Como después supe, deseaban probar a lo que sabían las de los sacerdotes cristianos, porque sus hechiceros les habían persuadido que eran más sabrosas que las demás. Pasé desvelado aquella noche preparándome para todo lo que podía suceder.

Apenas rompió el día cuando entró en mi choza un grande hechicero, y hallándome de rodillas en oración, sentóse con mucho silencio; yo proseguí por buen rato, pidiendo a Nuestro Señor alumbrase aquella gente ciega, para que saliendo de los errores se convirtiese a su fe.

Levantéme y hallé que con el primero se habían juntado otros ocho caciques tan hechiceros como él, y habiéndolos saludado con amorosas y corteses palabras les signifiqué como sólo el deseo de su bien me había traído a sus tierras, no en busca de oro y plata, que bien sabía no lo tenían, sino de sus almas para traerlas al conocimiento de su criador y de su hijo y Redentor de los hombres Jesucristo, que había bajado del cielo y tomado carne humana en las entrañas de una Virgen para librarnos del cautiverio de Satanás y de las penas del infierno; y llegando a tratar de la eternidad de estas con que en él son castigados los malos, uno de ellos me atajó la plática, diciendo a voces:

-Este hombre miente.

Lo mismo repitieron los otros ocho, y salieron corriendo a buscar sus armas, que por no causar recelo las habían dejado escondidas, y en guarda de ellas otra mucha gente que quedaba emboscada en un monte vecino.

Quedé consolado de haber anunciado a aquellos bárbaros el Evangelio y sin moverme del puesto en que estaba me resolví de esperarlos, arrojándome en los brazos de la Providencia divina.

Uno de los indios que me acompañaban entró en mi choza rogándome saliese de ella y nos fuésemos de allí porque sin duda nos armaban alguna traición.

No hice movimiento.

Entró segunda y tercera vez y echándome los brazos al cuello, me dijo:

-Padre mío, vámonos, por amor de Dios, que a tí y a nosotros nos han de hacer pedazos.

Movióme a salir pareciéndome ver en él, no un indio, sino un angel del cielo. Apenas salimos cuando los enemigos comenzaron por las espaldas a llover sobre nosotros una nube de flechas. Cayeron a mis dos lados muertos siete indios de mis compañeros, sin que mi dicha me encaminase alguna para serlo en la muerte de los que tan lealmente me

acompañaron en la vida, sin otro fin que ayudarme en la predicación del Evangelio. Habíanse preparado el día antes con la confesión y comunión, y con grande ánimo me dijeron:

-Ea, Padre, vamos a predicar la fe, que nosotros en su defensa habemos de perder las vidas. No les faltó sino decir con los Apóstoles: Eamus & nos, & moriamur cum eo.

Estaba junto a mí aquel indio que me había sacado de la choza, y viéndome cercado de tanta flechería y en manifiesto peligro, y que distinguiéndome por el vestido habían de hacerme todos terrero<sup>21</sup> de sus saetas, con una fineza grande de caridad, por salvar mi vida, quiso exponer la suya a mayores riesgos.

Sin hablarme palabras me arrebató de los hombros la ropa y de la cabeza el sombrero y diciendo a los demás indios amigos "metes al Padre en el monte" él, vestido de mi hábito, se puso en huída sólo por un campo a vista de los enemigos, para que creyendo estos que aquel era el sacerdote que buscaban corriesen todos en seguimiento suyo, y descargasen sobre él la tempestad de sus flechas.

Imitó este buen indio la grandeza de aquella caridad con que el hijo de Dios viendo a su eterno Padre con el arco flechado para tirar saetas de indignación contra los rebeldes pecadores, se vistió del hábito de nuestra mortal naturaleza. Et habitus inventus ut homo y con esa semejanza de carne pecadora: In similitudinem carnis peccati, nos libró de la muerte eterna, recibiendo sobre sí los flechazos que nuestras culpas merecían.

Con este stratagemata que al fidelísimo indio le dictó el amor tierno que me tenía, me dió tiempo para que yo me guareciese con los demás en el vecino bosque que era muy espeso. En esta retirada oí gritar a los enemigos, viendo a mi buen indio con mi ropa y sombrero:

-Allí va el sacerdote; todos en él; tiradle y matámosle.

Hace mención de este suceso tan digno de eterna memoria, el P. Juan Eusebio Nieremberg en el libro de sus Estromas.

Y fue singular providencia de Dios que habiendo cargado sobre aquel pobre indio toda la furia de los bárbaros, siendo flecheros tan diestros y llovido una infinidad de saetas, ninguna le tocó.

Yo me metí por el monte con tres indios, y por no dejar rastro, nos dividimos por cuatro partes, bien que unos a vista de otros, ardid usado en aprietos semejantes.

El indio fiel, que por mi vida se expuso a la muerte, corrió gran rato sin que los contrarios pudiesen darle alcance, y juzgando que yo estaría ya en salvo en el bosque, se acogió a guarecerse en él, dejando burlados y amargos a los que le seguían sedientos de su sangre, o no, si no de la mía. Alcanzóme, restituyó la ropa y sombrero, y temiendo no viniesen los bárbaros en seguimiento mío, con nueva fineza y alarde de valor, volvió a ver el rumbo que tomaban, y viendo que se recogían al pueblo, se resolvió intrépido de seguirlos, fiado en la ligereza de sus pies y vecindad de la selva.

Dejó entrar la noche, y ayudado de sus tinieblas, se acercó a la choza de donde me había sacado. Sintió dentro de ella la gente inhumana con gran fiesta y algazara que se estaban partiendo las carnes de los siete indios sus compañeros. No pudo sufrir tan cruel carnicería y dio la vuelta en busca mía y de mis compañeros. Que prosiguiendo nuestro

<sup>21</sup> Terrero: que pertenece o toca la tierra.

viaje sin saber a dónde, encontramos por buenaventura una oculta senda por un acequiión, revolcadero de los jabalíes, profundo en la tierra hecho un inmundo lodazar, bien disimulado con la espesura de los juncos. Era tan estrecho que uno había de pasar tras de otro; su altura tan poca, que era fuerza arrastrar las rodillas y brazos por el hediondo cieno, lo que hacía el tránsito molesto y difícil. Grandemente se me afligió el corazón en este asquerosísimo estrecho, todo él embarazado de aguas espinas.

Todos salimos encenegados y yo con la cabeza lastimada de las puntas agudas de los juncos, que son más fuertes que los europeos, corriendo por el rostro la sangre que con lágrimas en sus ojos, de compasión, me limpió uno de mis compañeros.

Dábanme prisa que caminase, teniendo por cierto que nos habían de seguir los enemigos. Pero iba yo tan fatigado y tan atravesado el corazón con las muertes de mis siete compañeros, y con el sentimiento de no haber merecido ser lo suyo en tan gloriosa demanda, que les rogué me dejasen y que ellos se pusiesen en salvo por no dejar viudas a las mujeres y huérfanos a sus hijos. Respondieron que ni de hijos ni de mujeres se acordaban, y que por ningún caso se habían de apartar de mí hasta la muerte. Que considerase la infamia que se les había de seguir de haberme dejado solo entre gentiles enemigos.

Entre estas piadosas contiendas nos hallamos sin pensar a la ribera del río por donde el día antecedente habíamos subido. Oímos ruido de palamenta<sup>22</sup> y juzgamos ser bajeles<sup>23</sup> enemigos que venían en busca nuestra.

Con este recelo nos acogimos otra vez al bosque, pero juzgando no era acierto huir sin averiguar de quien, roguéles me esperasen allí, que yo iría a reconocer la costa y que embarcaciones eran aquellas. No vinieron en dejarme; todos volvimos al río y descubrimos dos indios caciques conocidos y amigos del pueblo de donde habíamos salido el día antes en una canoa. Preguntéles la causa de su venida. Respondieron que habían sabido el suceso y que venían en busca mía.

Quedé admirado de su lealtad, y más de la providencia divina. Porque eran camino de ocho horas para muy alentados remeros, y estos dos viejos de ochenta años lo habían hecho en menos de dos.

Embarcámonos y llegamos al pueblo, donde se renovó mi dolor, porque salieron a recibirnos todos, hombres y mujeres, niños y viejos, llorando nuestro trabajo. Quedé sin ornamento para decir misa, porque aquellos bárbaros me lo robaron y presentaron a un famoso hechicero, a quien todos prestaban obediencia y veneración. Hicieron pedazos la patena para colgarla al cuello por gala; quitáronme una hamaca, que era todo mi ajuar, quedando solamente con el pobre vestido; suplicó la lumbre su falta porque era tiempo de invierno y riguroso el frío.

## 12. Referencias a las impresiones del glorioso apóstol Santo Tomás.

**Impresión:** Montoya, Cap XXII.

<sup>22</sup> Palamenta: el conjunto de remos de una embarcación.

<sup>23</sup> Bajeles: nombre genérico de cualquier embarcación en que se puede navegar en alta mar.

**Edición:** Es editado el texto escrito por el P. Montoya en su obra *Conquista Espiritual*, 1982, Cap XXII, con ortografía actualizada.

**Destinatario:** A los Padres misioneros como un consuelo en el camino de la santificación por el Apóstol.

**Fecha:** 1628 (?).

**Autores:** Jarque, 1900: pp.93-94; Montoya, Cap.XII: 97-98.

### Texto

#### De otros rastros que dejó Santo Tomé en las Indias Occidentales

Fama constante es en todo el Brasil entre los moradores portugueses y entre los naturales que habitan toda la Tierra Firme, que el santo Apóstol empezó a caminar por tierra desde la isla de Santos, sita al Sur, en que hoy se ven rastros que manifiestan este principio de camino o rastro, en las huellas que el santo Apóstol dejó impresas en una gran peña que está al fin de la playa, donde desembarcó en frente de la barra de San Vicente, que por testimonio público se ven el día de hoy, menos de un cuarto de legua del pueblo. Yo no las he visto; pero 200 leguas de esta costa la tierra adentro, vimos mis compañeros y yo un camino que tiene ocho palmos de ancho, y en este espacio nace una muy menuda yerba, y a los dos lados de este camino crece hasta casi media vara, y aunque agostada la paja se quemien aquellos ocampos, siempre nace la yerba a este modo. Corre este camino por toda aquella tierra, y me han certificado algunos portugueses, que corre muy seguido desde el Brasil y que comunmente le llaman el camino de Santo Tomé, y nosotros hemos tenido la misma relación de los indios de nuestra espiritual conquista.

En la ciudad de Asunción del Paraguaestá una peña pegada a la ciudad, en cuya planicie se ven hoy dos huellas humanas, a modo de sandalaia, impresas en la misma peña. La huella del pié izquierdo antepersona que antecede a la del derecho, como de persona que hacía fuerza o hincapié, y hay tradición entre los indios, que el santo Apóstol predicaba a los gentiles desde aquella peña, y que al oírle se llenaban aquellos campos. Y como ya dijimos, tienen por tradición, que el santo Apóstol les dio la mandioca, y es el pan principal que los naturales tienen. Y certifica el doctor Lorenzo de Mendoza, Prelado de aquella diócesis, en un testimonio auténtico en que da testimonio de los vestigios dichos, y que supo de los naturales, que por el mal tratamiento de sus antepasados hicieron al Santo, les dijo que aquellas raíces de mandioca habían de sazonar en muy pocos meses; pero que en castigo la lograñan en un año, y así pasa el día de hoy.

### 13. Información sobre el desorden con los Mamelucos.

**Impresión:** Jarque, 1900: 47-52.

**Edición:** El texto transcrito es publicado por el P. Francisco Jarque con ortografía actualizada.

**Destinatario:** Es una información que llevó a cabo el P. Montoya a sus superiores a pesar de no haber estado presente en el hecho.

**Fecha:** 1628 (?).

**Autores:** Jarque, 1900: 47-5.

### Texto

“Entraron en el aposento del P. Simón Maceta, esperando hallar en él un gran tesoro, y de verdad lo hallaron, sino que no lo conocieron en la pobreza de Cristo, *uth illius inopia vos divites essetis*. Vieron dos camisas hechas de remiendos, una sotana de lienzo basto de algodón muy vieja. No era eso lo que ellos buscaban; pero en lugar de edificarse de ver tanto desprecio del mundo y de sí mismos, tanto descuido de sus comodidades en aquellos apostólicos varones, haciendo banderolas de sotana y camisas, las mostraban a los indios y les decían:

Mirad los pobretones que tenéis en vuestras tierras, que por no tener que comer y no morir de hambre, o no trabajar en las suyas, vienen a engañaros con estos embustes e hipocresías. Los que para sí no alcanzan más, ¿cómo tendrán para daros a vosotros? Nosotros sí, que vamos bien vestidos y tenemos qué daros y con qué cubrir vuestra vergonzosa desnudez y matar vuestra hambre. Por eso venimos a desterrarlos de toda esta región, que esta tierra es nuestra y no del rey de Castilla.

Llegó un indio como a sagrado, a favorecerse del P. Maceta, huyendo de uno de estos homicidas que lo seguía para matarlo, y estando abrazado del Padre lo mató de un mosquetazo sin lesión del ministro de Dios, con que dió a entender Su Majestad que era santo a prueba de afilado estoque<sup>24</sup>, pues no pudo cortarle la cerviz<sup>25</sup>, y a prueba de mosquete pues no le penetraron las balas, que fue lo que el otro soldado español, en caso semejante, dijo del santo Carlos Borromeo. No se fue alabando el agresor de su crueldad. Afeósela el Padre con sentidas razones, amenazólo con el castigo del cielo, hizo burla de las amenazas, y dando a entender que estaba tocado, como el otro de arriba, del contagio de la herejía, respondió: que a pesar de Dios se había de salvar, pues bastaba creer. No hizo poco si se salvó, porque después, en cumplimiento de lo que el Padre le había profetizado, lo mataron de un carabinazo, sin confesión. Diéronle sepultura con duda si la merecía, y reconociéndola después no hallaron en ella el cadáver, con que a muchos dió que pensar era uno de los que en cuerpo y alma arden en el infierno. El suplicio de éste blasfemo desdichado fue muy público y notorio en Paraguay y Brasil y a muchos sirvió de escarmiento.

Otros muchos desacatos hicieron a Dios aquel día en su sagrado templo, ultrajando los sacros ornamentos, derribando la pila de agua bendita, robando los vasos de los santos óleos, comiendo carne en tiempo de Cuaresma, no faltándoles otros manjares en abundancia; con estas fiestas y profanos banquetes, celebraron su victoria.

Tuvieron noticia como la noche antecedente había venido gente de la reducción de Santo Tomé, donde residía el P. Francisco Díaz Taño, y dado aviso cómo habían llegado a ella muchos Guañañas, a quienes temen los Tupíes y Mamalucos por la destreza y valentía con que pelean, y pesadas burlas que les han hecho, y recelaban que

<sup>24</sup> Estoque: especie de espada angosta.

<sup>25</sup> Cerviz: parte posterior del cuello.



si fuesen sabedores de sus robos habían de salirles al camino y quitarles la presa, diéronse prisa toda aquella noche en despachar tropas de cautivos.

Cuando se supo en la reducción de Santo Tomé las atrocidades que habían ejecutado en el pueblo de Jesús María y llegó la misma nueva al Tayaoba los indios de estas dos reducciones hicieron leva<sup>26</sup> de un buen ejército a cargo de caciques valerosos, y con ellos los P. Francisco Díaz Taño y Pedro [de] Espinosa. Marcharon los Tayaobas con el silencio y tinieblas de la noche por sierras tan ásperas y montuosas, tan llenas de hondables arroyos, que para no decaerse y volver atrás fue bien necesario el brío con que iban al socorro de sus hermanos.

Llegaron al amanecer a la reducción saqueada del P. Simón Maceta halláronlo hecho un mar de lágrimas, aunque muy conforme con la divina voluntad. Mientras llegaba el P. Pedro de Espinosa con el ejército de Santo Tomé, que estaba más distante, visitaron las chozas por si acaso había quedado en ellas algún herido o enfermo.

Hallaron muchos hechos pedazos con los alfanges<sup>27</sup> y entre ellos algunas indias doncellas de doce a catorce años, pasadas a cuchillo y puestas desnudas con execrable indecencia a las puertas de sus casas, y por relación de algunos indios que habiendo huído del enemigo volvieron al pueblo, se supo las habían degollado por la resistencia que valerosas hicieron en defensa de su castidad, porque el honestísimo Padre las tenía muy enseñadas y persuadidas que era la torpeza grave ofensa de Dios, y menos mal perder la vida que cometer tan abominable pecado.

Aunque caminaban aprisa los indios de guerra, no pudieron llegar a tiempo porque la oscuridad era grande, los caminos fragosos, los arroyos con arrecifes resbaladizos. Pasando por uno el P. Pedro de Espinosa se le fueron ambos pies y cayó de cerebro con tal violencia que estuvo sin sentido más de tres horas, con que hubieron de volver algunos con él a la reducción a ponerlo en cura.

Todo fue disposición divina, pues si se hubieran juntado todas nuestras fuerzas hubieran acometido cuerpo a cuerpo al ejército enemigo y fuera la matanza grande de ambas partes. Sin tanta efusión de sangre obraron los nuestros mucho, armándole al enemigo en el camino varias emboscadas, el cual, como no sabía el poder de los que le acometían, más cuidaba de su defensa y de ponerse en salvo, que de conservar la presa. Siempre entendió que tenía sobre sí dos naciones tan belicosas como los Tayaobas y Guañañas, con que muchos de los indios cautivos de fueron deslizando y se acogieron a los nuestros. Así lo hicieron los gentiles y lo pusieron en su templo, donde, como queda dicho, hablaba por él el demonio.”

#### **14. Dificultades del P. Antonio Ruiz de Montoya y el P. Cristóbal de Mendoza, con los hechiceros.**

**Impresión:** Jarque, 1900: 77-82.

<sup>26</sup> Leva: reclutamiento forzoso, enganche de gente para las armas.

<sup>27</sup> Alfanges: especie de sale corvo, corto y de un filo.

**Edición:** Es editado el texto publicado por el P. Francisco Jarque con ortografía actualizada y notas.

**Destinatario:** Es otros de los textos dedicados a la difusión de los eventos que ocurrieron durante la evangelización.

**Fecha:** 1628 (?).

**Autores:** Jarque, 1900: 77-82; Montoya, Conquista, Cap.XXVIII: 117-120

### Texto

“Al P. Cristóbal de Mendoza y a mí se nos dilató algo más el gozo de nuestra buenaventura.

Caminamos toda la noche montando sierras y cruzando valles y aún vadeando lagunas, con la prisa que nos daba y bríos que infundía el deseo de llegar a ver la cara al enemigo y encontrar con aquellos demonios.

Serían ya las ocho de la mañana cuando el guión que llevábamos nos metió en el templo. Díonos su vista un alegrón, juzgando que ya no podía escapar de nuestras manos, pero duró poco, porque no hallamos sino algunos despojos de las ofrendas que los gentiles les hacían.

Casi perdimos las esperanzas de ser dichosos con el hallazgo, porque la guía sabía muy bien el lugar, pero no adonde habían transportado el cadáver, y era cierto que habían hecho aquella noche la translación, como nos lo dijo luego el rastro que resolvimos seguir.

Entre muchos caminos que se nos ofrecieron a la vista, echamos por el más trillado. Topamos por él un muchacho gentil. Examinámoslo, y aunque al principio se cerró de campiña y negó pertinazmente, no faltó quien nos dijo era el sacristán o monaguillo del templo. Atámoslo para asegurarnos de él, y ya con amenazas, ya con promesas, procuramos sacarle la verdad. No lo conseguimos, pero dijo que él nos guiaría, y lo hizo por unos riscos que daban en una grande profundidad; pasámoslos con gran peligro, asiéndonos de las mismas breñas.<sup>28</sup>

Vencido este reventón, topamos una choza medio fabricada. Persuadímonos se labraba para morada del demonio, y que para más asegurarlo, habían pasado sus portadores adelante con él. Quiso Dios, autor de nuestra buena suerte, que topamos un indio el cual nos sacó de duda y nos hizo la siguiente relación:

-A media noche, dijo, el cadáver que en aquel templo que hallásteis vacío, era adorado, dio voces del interior de su sepulcro, pidiendo a sus ministros le favoreciesen y sacasen de aquel puesto. "Llevadme, decía, porque vienen aquellos malos hombres, mis enemigos, a prederme para quemarme, y si tal intentaren, haré que llueva sobre ellos fuego del cielo y los consuma, que crezcan los ríos y que los ahoguen. Convocar, los Mamalucos del Brasil para que venguen el agravio que me hiciere su desacato. Presto, presto, amigos, que vienen ya cerca los Padres."

Con el aviso de estas voces, los que le guardaban, no solamente cuidaron de sacar éste, sino también otro cuerpo muerto, que estaba de allí bien distante; parecióles que los dos

<sup>28</sup> Breña: Tierra quebrada con peñas y malezas.

demonios juntos se defenderían mejor de los dos Padres que venían a hacerles guerra, y fue providencia divina, para que los cogiésemos a los dos.

Supimos después que este indio era uno de los que iban acompañando los cuerpos, pero viendo lo que el demonio nos temía y que iba huyendo de nosotros, concluyó con su buen discurso que nuestro poder era mayor que el suyo, y así antepuso ala suya nuestra amistad.

Eran ya las dos de la tarde, y aunque no habíamos descansado un punto, alentados de nuevo con esta relación, proseguimos en el alcance, y quiso Dios que a las cinco lo dimos. Luego que nos vieron echaron a huir. Quedó con ellos una su sacerdotisa, que compadeciéndose del trabajo de sus dioses en aquella fuga, los había seguido para regalarlos por su mano, y llevaba unos vasos grandes en que ponía brasas para templarles la humedad y frío de aquellos montes. Sólo dos indios tuvieron nimo para esperarnos y aún quitarnos la vida; flecharon sus arcos pero no se atrevieron a tirarnos; llegamos a ellos y los prendimos y maniatamos.

Dimos gracias a Dios por el buen suceso. Abrimos las redes y vimos unos hediondos huesos, aunque bien adornados con vistosa plumería.

[El] cuerpo era de un hechicero de mucho nombre y muy antiguo. El otro era también de hechicero más moderno, que alcanzamos vivo en nuestra primera entrada en aquella provincia. Juzgámoslo en el aspecto de ciento veinte años y nos aseguraron que los tenía.

Muchas veces lo habíamos convidado con el bautismo, pero nunca lo aceptó hasta que en lo último de su vida lo bautizó a petición suya el P. Simón Maceta. Enterráronlo en una pequeña iglesia, que después dejamos por otra más capaz. Y afirman muchos que desde la sepultura se oían voces que daba diciendo:

-Sacadme de aquí, que me ahogo, sacadme luego.

Así lo hicieron los gentiles y lo pusieron en su templo, donde, como queda dicho, hablaba por él el demonio.”

## 15. Conversión y bautismo de un hechicero.

**Impresión:** Jarque, 1900: 102-104

**Edición:** Es editado el texto publicado por el P. Francisco Jarque con ortografía actualizada y especificación de términos antiguos.

**Destinatario:** En general difundir los cambios de la acción evangelizadora.

**Fecha:** 1632.

**Autores:** Jarque, 1900: 102-104.

### Texto

“Llegó la Pascua del Nacimiento del Señor, juntáronse a su celebridad en el pueblo muchas tropas de indios comarcanos. Parecióme la ocasión nacida para desautorizar a

revueltas del público regocijo este pernicioso demonio. Hícele saber cuán solemne era para todos sus feligreses aquel día y que aquel año lo sería mucho más si él se dignase de honrar y regocijar con su presencia la fiesta. Vino luego. Halló a los vecinos entretenidos con un juego entre ellos muy ordinario, que llaman de la gallina ciega. Rogáronle todos hiciese él este papel, como lo hacían otros de los más principales caciques, y vino en ello.

Vendáronle muy bien los ojos, y prometiéronle, si cogiese a alguno, y adivinase quien era, muy buen premio. Todo lo pudo el interés. Teníamos ya prevenidos unos mozo, hijos de padres muy cristianos, para dar principio al juego, y bien amaestrados en las burlas que le habían de hacer.

Juntóse gran número de gente forastera y del pueblo; comenzó el regocijo y los muchachos a hacerle cocos, y a remedar tan graciosamente su modo de andar, que causó a todos mucha risa. Tirábanle de la ropa, dábanle golpes y empujones hasta derribarlo en tierra. El, empeñado para conseguir el prez<sup>29</sup>, hacía esfuerzos para agarrar alguno.

Admirados los circunstantes y aún sentidos, de que aquel hombrecillo desventurado, risa y escarnio de aquellos rapaces, pretendiese soberbio ser adorado por Dios, no pudieron contenerse, sino que dando sobre él unos y otros a porfía, lo pararon tal, que la compasión me hizo quitarlo de sus manos, y la venda de los ojos, con que comenzó a abrir los del entendimiento, y a conocer su ceguera, su locura y perdición.

Por estas burlas comenzó Dios las veras con que luego trató de reducirse a la fe. Dijo que no quería volver más a su infernal y lóbrega cueva, sino quedar por vecino de aquel pueblo, y desde allí desengañar con sus palabras, y más con la mudanza de su vida, a todos los que había llevado embaucados.”

## **16. Instrucciones para los misioneros de San Javier, respecto del trato con Guiraverá.**

**Impresión:** Jarque, 1900: 118.

**Edición:** Es editado el texto transcrito por el P. Francisco Jarque con ortografía actualizada.

**Destinatario:** Los Padres jesuitas de las reducciones.

**Fecha** 1629 (?).

**Bibliografía:** Storni, 1984: 430.

**Autores:** Jarque, 1900, 3:118.

### **Texto**

#### **Instrucciones a los misioneros de San Javier**

“Envió a los Padres una instrucción del modo con que se habían de portarse con él, y

---

<sup>29</sup> Prez: el honor, estima o consideración que se adquiere o gana con alguna acción gloriosa.

que aunque quisiese irse no lo detuviesen con violencia alguna, antes le diesen con mucha caridad todo el avío y viático necesario para volver a su tierra.”

### **17. Instrucciones para los misioneros de San Javier, respecto del trato con Guiraverá.**

**Texto:** Es inédito, sólo se lo conoce por los autores que lo comentan. Es uno de los textos escritos por el P. Ruiz Montoya en tercera persona.

**Impresión:** Jarque, 1900: 184.

**Edición:** Es editado el texto transcrito por el P. Francisco Jarque con ortografía actualizada y notas.

**Destinatario:** Es una testificación de los eventos que le acontecieron, está dedicado a sus superiores.

**Fecha:** 1632 (?).

**Bibliografía:** Storni, 1984: 430.

#### **Texto**

“La fuerza, dice, de los trabajos que padeció, sólo el Señor lo sabe. Por mucho tiempo, a lo mejor del sueño, se le alteraba el corazón dándole tan recios latidos, que parecía querer saltarse del cuerpo o hacerse pedazos. Era necesario y único remedio levantarse con presteza y ponerse de rodillas delante de Dios y arrojarse en sus brazos con confianza, porque las angustias eran tales, que no extrañara quedar a su rigor muerto de repente.”<sup>30</sup>

### **18. El asalto de los paulistas y el incendio de la iglesia.**

**Impresión:** Jarque, 1900: 165-167.

**Edición:** Es editado el texto transcrito por el P. Francisco Jarque con ortografía actualizada.

**Destinatario:** Constituye una información sobre los eventos que le acontecieron, dedicado a sus superiores para difundir la acción evangelizadora.

**Fecha:** 1632 (?).

**Autores:** Jarque, 1900: 165-167; Montoya, Cap. XXXVI: 148-150.

---

<sup>30</sup> El mismo P. Ruiz de Montoya testifica en tercera persona el hecho.

### Texto

“Fue creciendo la libertad de los del Brasil por falta que hubo de castigo. Y desde el año 1628 hasta este tiempo no han cesado de develar cristianos de estas provincias y llevarlos cautivos a las suyas y venderlos para esclavos como lo hacen los moros con los cristianos en la plaza de Argel.

Entraron con maña en la reducción de San Francisco Xavier, reducción pueblo de mucha vecindad, donde hacía tiempo que estaba colocado el Santísimo.

Los vecinos, bien informados de la crueldad de estos alarbe<sup>31</sup> Brasiles, con solo el nombre de cristianos, muchos se escondieron en los bosques con sus hijos y mujeres, de donde salían a sus sembrados a buscar la comida, y allí daban en manos de los enemigos, que los hacían prisioneros, y daban tormento para que confesasen donde habían dejado su familia, en busca de la cual iban, y la llevaban cautiva a su fortín en que recogían la presa.

En estas ocasiones no hay que hacerles resistencia, porque al que hace alguna, con los alfanges le parten la cabeza, con que atemorizan a los demás.

Dudamos si saldríamos con el Santísimo en las manos, para reprimir la furia de estos enemigos. Pareciónos más acertado consejo consumirlo, temiendo algún desacato o incendio en el pueblo.

Con la poca gente con que nos hallábamnos hicimos una palizada pequeña porque no nos cogiesen descuidados. A la una del día, con mucha algazara, y bárbaro estruendo se metieron en nuestro patio; salimos al ruido, metimos la gente en lo interior de la casa. Y mientras los deás arrebataban a los que alcanzaban a ver, uno de ellos, en hábito de beato, con una ropa talar de lienzo colchada de algodón, con su escopeta al hombro, su espada ceñida y un rosario de ermitaño en la mano, se puso a hablar con uno de los Padres de cosas espirituales y puntos delicados de oración. Hacía como que rezaba e iba pasando a gran prisa las cuentas. Y se creyó contaba sus cautivos para ajustar después la partición, sobre la cual suele haber entre ellos grandes pesadumbres.

Muy poca presa hicieron en esta ocasión, por la buena diligencia de los Padres. Pegó unos de ellos fuego a una casa pajiza que estaba pegada a la iglesia. Aquella comenzó a arder, y él a dar voces:

-Séanme testigos que los Padres son incendiarios.

Acudimos luego a apagar el fuego para preservar la iglesia.”

### 19. Traslado de las reducciones de Loreto y San Ignacio.

**Impresión:** Jarque, 1900: 201 – 211.

**Edición:** Es editado el texto transcrito.

---

<sup>31</sup> Alarbe: el hombre inculto.

**Destinatario:** El Provincial de la Provincia Jesuítica del Paraguay Padre Francisco Vazquez Trujillo.

**Fecha:** 1631 (?)

**Autores:** Jarque, 1900: 201-211; Montoya, Conquista, Cap.XXXVIII. 152-160.

### Texto

“En la despoblación, de tan grande provincia, causada por los del Brasil, salieron de sus aires naturales más de doce mil almas, pocos días antes de esta salida, que fue de horriblos trabajos, yendo a celebrar, con vivo dolor de que Dios fuese desterrado de sus templos, donde asistía sacramentado y acatado con toda reverencia, en el Introito de la misa, se le representó Cristo crucificado, y reparando, advirtió que no tenía en su sagrada cabeza la corona de espinas, al punto sintió que él la tenía clavada en la suya. Por lo cual conoció lo que había de padecer en aquel viaje, y no solamente de los extraños, sino también de los domésticos.<sup>32</sup>

“Las centinelas que teníamos, nos dieron aviso de la venida del enemigo, con que los indios trataron de mudarse y dejar sus tierras por salvar la libertad y las vidas.

Ayudó mucho a esta mudanza un requerimiento que la justicia de la ciudad de Guayrá nos había hecho, pidiéndonos mudásemos aquella gente, porque ellos por sus pocas fuerzas no nos podían favorecer contra enemigo tan poderoso.

Esta respuesta traía disfrazada una gran traición, porque su dañada intención era salirnos al camino, hacer con nosotros lo que los Mamalucos de San Paulo, robarnos las ovejas y repartírselas entre sí. Así lo aprobó el suceso, aunque no consiguieron lo que con dolo pretendían.

Como ya los indios estaban prevenidos y resueltos, facilitóse mucho la partida. Era de ver por toda aquella playa ocupados tantos en fabricar balsas, que son dos canoas o maderos grandes cavados como barcas, sobre los cuales forman una casilla bien cubierta que resiste a la lluvia y al sol.

Andaba la gente ocupada en bajar al río su matalotaje<sup>33</sup> y alhajas<sup>34</sup>. El ruido de las herramientas, la prisa y en particular de las Villas de confusión, parecía anunciar vecino el día del Juicio. Añadíase a esto la vista de seis o siete sacerdotes religiosos, que allí nos hallamos todos ocupados en consumir el Santísimo, en descolgar imágenes, en recoger ornamentos, desenterrar tres cuerpos de Padres misioneros insignes que allí descansaban, para que nos acompañasen en este trabajo muertos, los que en muchos nos habían hecho buena compañía vivos, y no quedaran con la decencia y honra debida en aquellos desiertos.

Era lástima desamparar iglesias tan hermosas, que tanto nos habían costado de fabricar y embellecer, y que si en riqueza no, por lo menos en aliño, limpieza, desahogo y curiosidad, podían competir con muchas de los colegios de Europa. Dejámoslas bien cerradas porqueno sirviesen a las bestias montaraces de madrigueras.

<sup>32</sup> Jarque, 1900: 201-202; el mismo P. Antonio cuenta largamente los trabajos de esta prolija navegación.

<sup>33</sup> Malotaje: las provisiones de víveres que se lleva en la embarcación. El conjunto de muchas cosas diversas y mal ordenadas.

<sup>34</sup> Alhaja: cualquier mueble o adorno precioso.

Fue este espectáculo tan luctuoso, que hasta el cielo hizo en la tierra su sentimiento en una imagen de pincel de dos varas en alto, de una reducción del Paraná, distante más de cien leguas de estos despoblados, y que habíamos destinado término y paradero de nuestro viaje, la cual imagen, al mismo tiempo que desamparábamos nuestros templos, se vio sudar gotas tan grandes y en tanta abundancia, que los Padres no bastaban a coger el sudor con algodones, admirando suceso tan prodigioso, y teniéndolo por presagio de algún trabajo grande, cuando aún ignoraban el nuestro.

Cogiónos la nueva de este prodigio en el mayor aprieto de nuestra transmigración, y nos sirvió de consuelo el saber que la Santísima Virgen, cuya era la imagen, mostraba terneros compasión de nuestra miseria. Otros dos ángeles hicieron la misma demostración de sentimientos: *Angeli pacis amare flebant*, de cuyos ojos se vieron correr lágrimas como gruesas perlas, llorando sin duda el saco de la reducción y templo que a sus siete príncipes había dedicado en el Tayaoba. De todo lo cual se tomó jurídica información por el obispo de Paraguay.

Fabricáronse en breve tiempo setecientas balsas sin muchas otras canoas sueltas, en que se embarcaron más de doce mil almas que se escaparon de este tempestuoso diluvio. Dos días solos habíamos caminado río abajo, cuando nos alcanzaron unos indios que se habían detenido en su despacho.

Estos nos dijeron como el enemigo quedaba furioso por verse burlado, y que culpaba su detención, pues al haber acelerado un poco más su venida, sin duda nos hubiera cogido.

Llegaron los Mamalucos a dichas reducciones, halláronlas desiertas, embistieron contra las puertas de los templos, y como hallaron resistencia y dificultad en abrirlas por estar bien trancadas, las hicieron pedazos, sin respeto, cuando no que eran de la casa de Dios, siguiera a su labor y artificiosa hermosura.

Entraron con tropel y algazara y desfogaron su cólera contra los retablos, haciéndolos trozos para el fuego con que guisaban la comida. Acción sacrílega, que ellos mismos después la condenaron y temblaron de su atrevimiento. Alojáronse con sus mujercillas que traían a la iglesia y en nuestra casa convirtiéndola de oración en cueva de ladrones, y el alcázar de la castidad que nunca había visto huella de mujer en zahurda<sup>35</sup> infame de la lascivia.

Volvamos a nuestra flota de balsas. Segura había navegado de los enemigos que quedaban a las espaldas, cuando tuvimos aviso que los españoles del Guayrá nos aguardaban en un paso estrecho y peligroso, que hace el famoso salto del Paraná en cuya ribera habían fabricado un fuerte de madera para impedirnos el paso y cautivarnos la gente.

Era su intento desde este fuerte, al pasar las canoas ir derribando los remeros que pudiesen y gente que podía hacer defensa; y debilitada con estas cargas la tropa, saldrían ellos y fácilmente harían prisioneros a los demás: Supe el caso; apenas lo pude creer; me adelanté en una embarcación ligera, y hallé ser verdad lo que me habían dicho. Entré en la estacada donde tenían urdida la traición. Me querellé dando mis razones y justificando mis quejas. Cerraron los oídos a mis ruegos, sacaron las espadas, y poniéndome cinco a los pechos, quisieron detenerme prisionero. Salí por medio de ellos haciendo broquel de un sobre-ropa, me arrojé en mi canoa, y volví a mis compañeros a consultar lo que debíamos hacer en este aprieto.

<sup>35</sup> Zahurda: pocilga, casa en que se recoge el ganado de cerda.



Causó a todos notable sentimiento verse entre Duero y peña tajada, y que por todas partes nos perseguía la que llaman fortuna, y todo era disposición de Dios para ejercicio de nuestra paciencia, y para que de nuevo pusiésemos toda nuestra confianza en su providencia divina.

Resolvimos volviesen por segunda admonición dos Padres a requerirles nos dejasen en paso libre, pues ellos nos habían exhortado a la fuga, diciendo que no podían ayudarnos, que hartos harían de defenderse, y que los Mamelucos no los echasen de su ciudad, como presto lo hicieron, no solamente a ellos, sino también a los vecinos de Jerez, llevándose la gente de ambos lugares.

Nada alcanzaron los dos Padres. Fueron otros para que la amonestación fuese trina; yo fui uno de ellos, y los hallamos con más aceros para salir con la suya. Instaba el temor que los enemigos Brasiles, que estaban ya en las despobladas reducciones, no se arrojasen el río abajo en seguimiento nuestro, que en tal caso nos viéramos como un rebaño de ovejas entre dos manadas de hambrientos lobos.

Se juzgaba si no quería verla morir con los demás, porque si una vez asaltaban el fortín o palizada los indios, no habían de dejar hombre a vida.

Fue la traza inspirada de Dios, pues este reto recabó de ellos lo que no pudieron cortesés rogativas. Nos volvimos a deliberar lo que habíamos de hacer, y los españoles entraron en consejo y en tanto miedo, que ya no trataban sino de salvar sus vidas. Condenaron su empresa por injusta y temeraria, nos enviaron mensajeros muy humildes para que les diéramos tiempo y seguridad para salir del fuerte.

Todo se les concedió con mucha humanidad y cortesía.

Salieron entre corridos y temerosos; poco tenían que temer, de que correrse mucho, pues una impía y fea traición, ¿a quién no ha de sacar al rostro los colores? Ocupamos el fuerte que dejaron ellos, donde fue forzoso arrimar las balsas y canoas porque allí es el río innavegable, porque en aquel salto se despeña entre riscos y peñascos y forma tan horribles remolinos que hace feredad solo el mirarlos. Con todo, de las setecientas balsas y otras muchas embarcaciones que componían nuestra armadilla, probamos a echar por los precipicios de aquella corriente hasta trescientas para ver si saldrían algunas, pues pasadas por tierra veinticinco leguas habíamos de volver a tomar el río; pero el ímpetu de su raudal, que con ellas daba en recios escollos, las hacía a todas en nuestros ojos astillas.”<sup>36</sup>

## 20. Avertencia por la llegada de los paulistas.

**Impresión:** Jarque, 1900: 262-263.

**Edición:** Es editado el texto que transcribe el P. Francisco Jarque con ortografía actualizada.

---

<sup>36</sup> “...Estamos ya de leva para caminar por tierra las veinticinco leguas, llegó la gente del Piquirí; en cuya busca había ido el Padre Pedro de Espinosa, con embarcaciones y suficiente bastimento...” (Jarque, 1900: 165).

**Destinatario:** Los Padres Jesuitas de las reducciones.

**Fecha:** es una nota sin fecha.

**Bibliografía:** Storni, 1984: 430.

**Autores:** Jarque, 1900: 262-263.

### Texto

#### Papel en el que dice como habían de venir los paulistas sobre la Provincia del Uruguay

“... dice como había de venir aquella misma gente de la milicia de Satanás sobre las provincias del Uruguay a dar los mismos asaltos que había dado a las del Guayrá , y que saldrían también huyendo de aquella los pobres indios por no poderse defender, como habían salido de ésta y entonces se vería si había sido la retirada imprudente, o cuerda y forzosa. Y le advierte al Padre guarde aquel papel para cuando suceda el caso.”<sup>37</sup>

#### 21. Advertencia para rezar el sermón.

**Impresión:** Jarque, 1900: 301.

**Edición:** Es editado el texto transcrito por el P. Francisco Jarque con ortografía actualizada y notas.

**Destinatario:** El Padre de la Reducción de San Ignacio Miní.

**Fecha:** 1636(?).

**Bibliografía:** Storni, 1984: 436.

**Autores:** Jarque, 1900: 301.

### Texto

#### Billete al cura de San Ignacio

Saliendo un domingo el P. Antonio [Ruiz de Montoya] de la oración de la mañana, escribió un billete al Padre misionero que asistía en San Ignacio, “avisándole excusase el trabajo de aparejar el sermón de aquel día, porque él partiría luego a predicarlo.”

---

<sup>37</sup> Esto escribió el P. Antonio cinco años antes que sucediese, cuando se juzgaba por imposible que los enemigos Mamelucos y Tupés pudiesen llegar con ejército formado a aquellos páramos tan remotos y saquear aquellas provincias, no advirtiendo que la codicia los tiene por muy religiosos y siervos de Dios, y dignos de todo crédito y de quienes la Compañía hace mucha confianza. Es copia legalizada sacada de su original, que queda en el proceso de la causa que el Sr. Fiscal sigue contra D. Luis de Céspedes y Xería, Gobernador de las Provincias del Paraguay fecha en las reducciones desde 25 de Febrero de 1631 hasta 2 de Junio.-20 fs. Y otras dos que sirven para la carátula y dorso del documento. (Pastells, 1912: 462).

Juzgó el Padre que tendría algún negocio que tratar con él y que quería valerse de la ocasión para excusarle aquel sermón. Llegó el P. Antonio a San Ignacio, fuese derecho al púlpito, predicó y luego dió la vuelta a su reducción de Loreto.

## 22. Agradecimiento al Padre (Cristóbal) Portel.

**Impresión:** Jarque, 1900: 300-301.

**Edición:** Es editado el texto transcrito por el P. Francisco Jarque con ortografía actualizada.

**Destinatario:** El padre de la Reducción de Corpus, P. Cristobal Portel.

**Fecha:** 1636 (?).

**Bibliografía:** Storni, 1984: 432.

**Autores:** Jarque, 1900: 300-301.

### Texto

#### Carta al Padre (Cristóbal) Portel

Fue enviado de esta reducción de Loreto a la de Corpus el P. Cristóbal Portel, halló en ella algún pan, que por milagro había venido de muy allende, y cuando llega alguno, por duro que sea, parece sabroso y tierno, y se lo reparten como pan bendito.

Envióle un pedazo al P. Antonio [Ruiz de Montoya], y agradeciéndole el regalo, y estimándole más el afecto, “le escribió los favores que comiendo aquel pan había recibido en la mesa del Niño Jesús, con una visita y amorosa comunión”.<sup>38</sup>

## 23. Del encuentro con un alma predestinada para su conversión.

**Impresión:** Jarque, 1900: 326-327.

**Edición:** Es editado el texto transcrito por el P. Francisco Jarque, con ortografía actualizada.

**Destinatario:** El Provincial de la Provincia Jesuitica del Paraguay Padre Diego de Boroa.

**Fecha:** 1636 (?).

---

<sup>38</sup> “El P. Juan de Hornos afirma que lo vio una vez en la huerta encendido el rostro, los ojos clavados en el cielo y arrebatado de tierra como media vara, y hoy los indios cristianos de aquella reduccion enseñan el lugar donde sucedió este raptó.” (Jarque. 1900: 301).

**Autores:** Jarque, 1900: 326-327.

### Texto

“Caminamos, dice, dos sacerdotes a visitar un pueblo. Alejámonos por un desierto bien fatigados. No podíamos dormir por una grave inquietud, y así resolvimos de proseguir nuestro camino de noche, porque era llano, y la luna favorecía.

Amanecimos a vista del pueblo, habiendo caminado toda la noche sin cansancio ni tropiezo alguno.

Antes de llegar al lugar nos salieron a recibir algunos de sus moradores. Pregunté si había enfermos. Respondieron que no, que sola una vieja había muerto el día antecedente y que trataban ya de enterrarla.

Llegamos al pueblo, pregunté por la casa de la india difunta; dijéronme excusase el trabajo porque ya era muerta.

-Vamos, dije, y le diré un responso.

No fue esto acaso, sino con especial impulso del cielo. Entré en la casilla, tan lóbrega, que no se podía ver cosa alguna en ella.

-¿Dónde está la muerta? dije con voz alta.

Respondió ella misma:

-Padre aquí estoy, y no muerta, a Dios gracias, sino viva, porque le estoy esperando para confesarme.

Confeséle con harto consuelo suyo y mío, y acabada la confesión perdió el habla y rindió el alma a su Criador, que tanto estima las que redimió con el costoso precio de su sangre.”

### Bibliografía

Cadogan, León (1959). *Ayru Rapytã*. São Paulo.

Carbonell de Masy SI., Rafael. (1985). “La contribución de Ruiz de Montoya al desarrollo económico de las reducciones”. *Anais do VI Simposio Nacional de Estudos Missioüeiros*. Santa Rosa. R.S. Brasil: Facultad de Filosofía. Ciencias e Letras. Dom Bosco.

Cardozo, Efraim (1979). *Historia paraguaya I. Paraguay indígena, español y jesuita*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Comisión de Historia 83. Historiografía la V. México.

Charlevoix SI, Pedro Francisco Javier (1912). *Historia del Paraguay escrita en francés por el P. .... Con anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel. Traducida al castellano por el P. Pablo Hernández*. Tomo 2. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.

- Cortêsão, Jaime (1951). *Colección De Angelis, Jesuitas e Bandeirantes no Guairá T.1 (1549-1640)*, Tomo 1. Río de Janeiro: Biblioteca Nacional, Diviãõ de obras raras e publicações.
- Furlong SI, Guillermo (1964). *Antonio Ruiz de Montoya y su carta a Comental (1645)*. Buenos Aires: Ediciones Theoría.
- Hernández, Pablo (1912). "Un misionero jesuita del Paraguay en la corte de Felipe IV". *Razón y Fe*, Nº 33. Madrid.
- (1913) *Organización social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús*. 2 tomos. Barcelona: Gustavo Gili Editor.
- Jarque SI, Francisco (1900). *Ruiz de Montoya en Indias*. 4 tomos (1608-1652). Madrid: Victoriano Suárez editor.
- Leonhardt SI, Carlos. (1927-1929). *Documentos para la Historia Argentina, Tomos XIX-XX. Iglesia Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús. Con advertencia de Emilio Ravignani e introducción del P. Carlos Leonhardt*. Buenos Aires. (Vol. 1, 1609-1614. Vol. 2, 1615-1637). Buenos Aires: Talleres S.A. Casa Jacobo Peuser.
- Lozano SI, Pedro (1754-1755). *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, 2 tomos. Madrid: Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández, y del Supremo Consejo de la Inquisición.
- Maeder, Ernesto (1984). *Cartas Anuas de la Provincia Jesuítica del Paraguay, Cartas Anuas del Paraguay (1637-1639)*. Buenos Aires: CECIC, Fundación para la Educación la Ciencia y la Cultura.
- Melia SI, Bartomeu (1985). "Los dos primeros Memoriales de Montoya en Madrid". *Anais do VI Simposio Nacional de Estudos Missioneiros*.
- (1989). "Montoya e as Reduções num tempo de fronteiras". Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras Dom Bosco. Missão por Redugão. En: *Estudos Leopoldenses*. Vol. 25, Nº 110. Universidade do Vale do Rio dos Sinos, São Leopoldo. Brasil. *Catálogo del los jesuítas de la provincia del Paraguay*
- Pastells SI, Pablo (1912). *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil) según los documentos originales del Archivo General de Indias*. Tomo 1. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez.
- Storni SI, Hugo (1980). *Catálogo del los jesuítas de la provincia del Paraguay (Cuenca del Plata) 1585-1768*. Roma: Institutum Historicum S.I.
- (1984). "Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652)". *Archivum Historicum Societatis Jesus*. Vol. LIII.
- Uriarte, José Eugenio de (1914). *Catálogo razonado de obras anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús pertenecientes a la antigua asistencia española, con un apéndice de otras de los mismos, dignas de especial estudio bibliográfico: 28 sept. 1540 - 16 ago. 1773*. Madrid: Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra. Impresores de la Real Casa.

Vargas Ugarte SI, Rubén – Castillo, Francisco del (1960). *Un Místico del Siglo XVII. Autobiografía del Padre Francisco del Castillo de la Compañía de Jesús*. Lima: Imp. Gil.

Tormo Sanz, Leandro y Blanco, Ricardo Román (1989). *Montoya y su lucha por la libertad de los indios. Batalla de Mbororé*. São Paulo: Enveloart Editora e Gráfica Ltda.,